EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

1867. — Tomo XXX.

Editores-propietarios : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

Año 26. — Nº 758.

SUMARIO.

Revista española. — Poesía.: La encarnacion del hijo de Dios. — Coronacion del rey de Hungría; grabados. — **Tolon: Desembarco del sultan Abdul-Aziz, el 29 de junio de 1867**; grabado. — **Revista de Paris. — Distribucion de las recompensas de la Exposicion universal de 1867**; grabado. — **Memorias de un prisionero. — La estatua de Federico el Grande en Berlin**; grabado. — **Las diversiones del verano, caricaturas por Stop**; grabados. — **Revista de la moda. — Oliverio. — Exposicion universal: La medalla de los premios**; grabado. — **El castillo de Mont-Brat**; grabado.

Revista española.

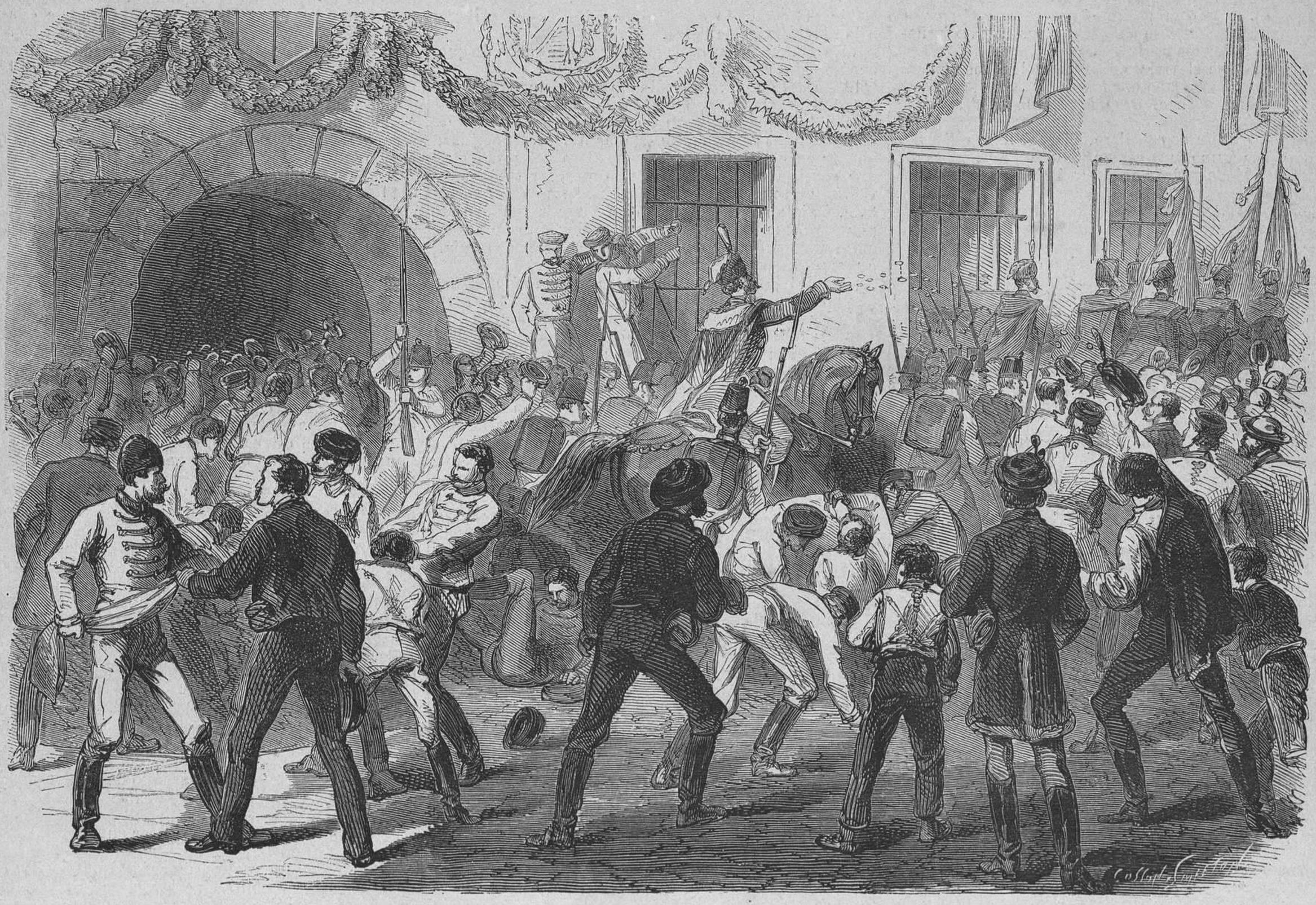
La última moda. — Una carta y su respuesta. — Cuadros trites. — Trámites para hospedarse en un hotel. — El dia del Corpus. — La cuestion del lujo. — Una comedia que se titula *Palco, modista y coche*. — El mes de las verbenas. — La de San Antonio de la Florida. — Ayer y hoy. — Compensacion. — Basta de filosofia.

Ir á la Exposicion universal: este ha sido, es y será por algun tiempo el deseo de los españoles civilizados.

Una carta y su respuesta van á servirme para dar á mis lectores una idea de lo que pasa.

« Deseo ardientemente ir á Paris y volver por veinte napoleones, dice un amigo de provincia á un cortesano, y como veo que el papel sube y promete subir, pienso trasladarme á esa y aguardar á que llegue á 44 para vender un pico y realizar mi sueño. »

Estas suposiciones exigen de un amigo una contestacion categórica, y aprovechando la circunstancia de poder todavía cumplir con la amistad por cuatro cuartos — dentro de poco costará algunos céntimos mas — busca el amigo un pliego de papel, coge la pluma y escribe lo que sigue :



PESTH. — El pueblo recogiendo las monedas arrojadas con motivo de la coronacion del rey de Hungría

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

« ¡Ay! amigo mio; cómo se conoce que vive Vd. en el fondo de una provincia. Ahí está permitido el lujo de las ilusiones... aquí ya es otra cosa.

» ¡Que el papel sube! Subirle quieren los fabricantes, pero el otro papel, el que se llama papel-moneda, lo que hace es oscilar. Cuando Vd. me escribia, parecia animarse la llama, ya ha vuelto á oscurecerse, tal vez mañana brille de nuevo... pero ¿puede llamarse á esto alumbrado?

» Por otra parte, quiere Vd. ir á Paris... ¡A Paris! ¿A la Exposicion? ¿donde va todo el mundo? — ¡Esto es horrible! ¿No sabe Vd. que todas las naciones andan atrasadillas de recursos? ¿no le dicen á Vd. esos guarismos de lo que importa cada dia el derecho de entrar en el palacio, los millares de francos que allí se recaudan? ¿no le dicen á Vd., que al aflojar los cuartos los extranjeros se portan con su patria como un doctor que aspirase á curar la inanicion con copiosas sangrías? Créame Vd., amigo mio; no venga Vd. á Madrid, no traspase Vd. los Pirineos. Madrid se va quedando desierto: el marqués A, la condesita B, el banquero X, todos personajes importantes, nos han abandonado, nos abandonan, nos abandonarán; los teatros están cerrados; en los *Campos Elíseos* hay cuadros plásticos, mímicos, mágicos y no sé qué mas, á 6 reales de vellon la butaca; en el *Circo de Paul*, por 4 reales, puede uno oir zarzuelas y cenar; el dinero se oculta, el comercio grita por todos los conductos de la publicidad que *se liquida;* los bazares de ropas hechas colocan bajo la bandera española á dos ó tres artistas de buena voz, y estos con frac, corbata blanca y guantes de etiqueta, gritan á todas horas: *¡al barato, al barato!*

» Los caseros aguardan con febril ansiedad la nueva ley de juicios de desahucio para plantar de patitas en la calle á cien mil inquilinos; los inquilinos empiezan á escamarse, no pocos empleados ven acercarse las economías con profunda tristeza... y si á este cuadro desconsolador se añade el calor excesivo, los créditos que no se cobran, los cuartos que no se alquilan, y... pero basta y sobra con esto para que Vd. desista de su viaje. »

El provinciano lee esta sombría epístola y se dice:

— Pues señor, mal estamos.

Y como en las provincias, y sobre todo en las aldeas, lo que mas preocupa es la cosecha...

— ¡Qué diablo! añade, yo tengo en el granero algunas faneguillas de trigo; como subirá mucho, guardándolas ahora ganaré un dineral, y ante esta perspectiva, hasta es muy conveniente echar una cana al aire; vámonos á Madrid.

Lo hace como lo dice, y llega el 19, es decir, la víspera del *Corpus*.

— ¿A dónde vamos, señorito? le pregunta el cochero antes de abandonar la estacion.

— Llévame al *Gran hotel de Paris*... le he oido ponderar mucho; he de estar pocos dias, y de comer bien á comer mal, la diferencia es un real, como dicen en mi pueblo. Por otra parte, si las cosas están como las pintan, las fondas se hallarán desiertas y no le harán á uno la ley los posaderos.

Esto se lo dice el viajero mientras el coche vuela... porque no le ha tomado por horas.

— ¡Ya estamos en el *Gran hotel*, señorito! exclama el auriga.

— ¡Eh! caballero, caballero, dice el recien llegado dirigiéndose á uno muy elegante que ve á la puerta... ¿Sabe Vd. dónde podré encontrar á algun criado de la casa?

— Yo soy uno de ellos.

— ¡Usted!

— Sí, señor.

— Eso es otra cosa: ¿y hay algun cuarto desalquilado?

— Sírvase Vd. pasar á la oficina.

— ¿A la oficina?

— Sí, al *bureau*.

— Ahora lo entiendo menos.

— Pues venga Vd. conmigo y nos informaremos.

Los dos se ponen en marcha.

— ¿Quién es ese? pregunta otro *caballero* por el estilo al que acompaña al provinciano.

— A juzgar por las muestras, es un príncipe ruso que llega de Alcorcon, contesta en otro aparte.

En el bureau se asombra el provinciano al ver que para responder á la pregunta que hace el criado tiene que consultar un libro.

— Los tres pisos primeros están ocupados, dice el empleado, no hay una sola habitacion disponible; pero puede Vd. alojarse si gusta, en el piso cuarto... las habitaciones son muy cómodas y baratas, sobre todo las interiores.

— ¿Cuánto?

— Treinta y cinco reales diarios con comida y servicio.

— Pues señor, hay mas dinero de lo que parece. Este *hotel* es caro y está lleno, y lleno cuando mis amigos de la córte me dicen que no venga, porque Madrid está desierto.

El viajero se instala, descansa un rato y va á quitarse el pelo de la dehesa á una peluquería.

Acicálase un poco, da un paseito por las calles del Cármen, Espoz y Mina, Carrera de San Gerónimo, Príncipe, etc., y los bazares ostentando caprichosos objetos de lujo, las tabaquerías seduciendo con millares de brevas y vegueros, los cafés convidando á pasar el tiempo en su confortable recinto, los innumerables carteles que llenan las esquinas brindando diversiones, los carruajes que cruzan en todas direcciones, todo ese conjunto de animacion que forma la superficie del abismo, que dora la píldora, fascina al forastero.

— No, se dice, no voy á visitar al amigo que me escribió pintándome á Madrid con tan negros colores... ha querido engañarme como á un chino.

Pero andando andando, tropieza de manos á boca con un paisano suyo.

— ¡Usted por aquí!

— He venido á pasar unos dias en la córte.

— En mala ocasion viene usted.

— ¿Por qué?

— Porque no hay gusto para nada, los negocios no marchan, la gente rica se va á gastar los cuartos á Paris, el comercio se hunde...

— ¿Tambien Vd. lo cree?

— Estoy seguro de ello.

El paisano explica al forastero las razones en que apoya su juicio, este le contradice, y si los dos son de Aragon, no quiero decir á Vds. cuál de los dos será el que ceda. Pero al fin, como conocidos, se citan para asistir juntos al dia siguiente á la procesion del *Corpus*.

En todas partes, pero principalmente en Madrid, el dia del Corpus es el dia del lujo, y este año las hermosas madrileñas, con riquísimos trajes de raso, desempeñando para algunas el modesto papel de viso, bajo una falda de finísimo encaje, con las mantillas blancas, con los espléndidos aderezos, con los brillantes adornos encargados de realzar, completar ó suplir la belleza natural de las mujeres, este año, repito, han estado deslumbradoras.

El provinciano, que en cuestiones de lujo entiende hoy tanto, ó acaso mas que el madrileño, no puede menos de insistir en que impera en la córte la hipocresía de la pobreza.

— ¡Bah! ¡bah! dice á su amigo; á mí nadie me quita de la cabeza que todo va á las mil maravillas. Y si no, echemos cuentas. ¿Puede decirse que está triste una ciudad que pega diariamente en sus esquinas mas de 2,000 carteles, ofreciendo espectáculos para todos los gustos? ¿Es por ventura signo de desanimacion ese continuo ir y venir de coches, muchos de ellos espléndidos?

¿Puede decirse que el comercio se hunde, cuando ofrecen un palacio encantado sus mejores productos y multiplica en venecianos espejos la figura de sus elegantes parroquianas?

¿No indican esos innumerables y magníficos cafés aglomerados en torno de la Puerta del Sol que lo supérfluo es una fuente de riqueza?

Por último, ¿habrá alguien que crea que ese malestar que tanto cacarean los artesanos, habrá quien sostenga que los negocios van mal, en presencia del fausto, del lujo que se aparece á nuestros ojos?

La seda, el terciopelo, el encaje, las piedras que llevan esas mujeres, representa infinitas fortunas, demuestran prosperidad de las familias y condenan ese continuo clamoreo de los que dicen que la industria está paralítica, el comercio agonizando y la fortuna privada bajo siete estados de tierra.

Vaya Vd. á convencer de lo contrario al que ve lo que cuenta claro como la luz.

El dia del *Corpus*, y no solo ese dia solemne, sino todos los demás, lo mismo en los salones que en los paseos, el lujo que despliegan los que pueden, y los que no pueden, es capaz de desesperar á los economistas, porque en efecto, la solucion empírica del problema, que consiste en tener como uno y gastar como mil, viéndose en muchos casos obligados, las mujeres sobre todo, á pintarse para ponerse coloradas; la solucion de este problema, que se escapa á la ciencia, es uno de esos milagros que solo pueden explicar por la magia, *los escamoteadores*.

¡El lujo! Está tan á la órden del dia esta cuestion, que no hay autor que no la trate.

En los primeros dias de junio se ha representado una comedia titula *Palco, modista y coche*, en la que su autor, el señor Picon, trata una vez mas esa pasion social que resiste en todos los paises á los golpes que descargan sobre ella los oradores sagrados desde el púlpito, los académicos como M. Dupin desde el sillon del Instituto, los novelistas desde las animadas páginas de sus libros, y los poetas dramáticos desde el teatro.

Digno asunto es y susceptible de ser tratado por todos los temperamentos y bajo todas las formas de la literatura y del arte. Así pues, aplaudiendo en principio la eleccion del motivo, lo único que debe hacer la crítica es observar si *las variaciones sobre el mismo tema* son dignas de llamar la atencion, y esto es lo que mis lectores van á resolver al conocer la fábula, y el fin de la comedia, cuyo argumento voy á tener el honor de contarles.

Viven en Madrid, allá por el año 47, dos jóvenes, hijas de un empleado que, al encumbrarse á la posicion de subsecretario de un ministerio, ha inspirado á sus vástagos el vivísimo deseo de tener *palco, modista y coche*.

Los dos pimpollos se tratan con sobrada dureza, pero peor es el modo con que hablan á su madre doña Angustias, buena señora que se pasa el tiempo predicando á sordos.

Antes de ser Cármen y Margarita hijas de un subsecretario, vivian con modestia y entablaron relaciones amorosas, la primera con Ricardo, jóven abogado, de provecho, y la segunda con Antonio, médico aventajado, aunque sin fortuna todavía.

Pero estos partidos les parecen poco para su categoría, y matando en su alma los dulces sentimientos del primer amor, desprecian á sus novios para dejarse hacer la córte por un Giron de la Cerda y un señor de Afligido, personajes que aspiran á utilizar la influencia de las chicas para obtener del padre elevados empleos.

Margarita y Cármen, alucinadas por las apariencias, transigen con sus achaques, con sus dientes postizos, con todos sus defectos, pero no tardan en conocer su error. Un cambio ministerial deja cesante al subsecretario; Giron y Afligido se despiden á escape, y las pobres muchachas no tienen mas remedio que refugiarse en un pueblo de Extremadura para comer allí el pan de la cesantía.

Lo peor es que arrastran tambien por la fatal pendiente que recorren á Concha, su criada, la cual ha podido casarse con Pedro, doméstico tambien, pero honrado y previsor. Pero aconsejada por sus señoritas, le desprecia, esperando casarse cuando menos con un levita y sombrero de copa. Al levantarse el telon para que empiece el acto segundo, han pasado diez años; doña Angustias ha enviudado, y sus hijas, que no quieren quedarse para vestir imágenes, la han sacado de Navalmoral, y se la han llevado á Madrid, en donde los recursos con que cuentan no bastan para satisfacer sus atenciones, en donde han contraido deudas, en donde su desesperacion es mayor al ver convertidas en tristes desengaños todas sus ilusiones.

Allí se les aparece como instrumento de la Providencia su antiguo criado Pedro, que se ha enriquecido y que es teniente alcalde; este honrado y caritativo representante de la laboriosidad que recoge el fruto, saca de apuros á aquella familia, y cuenta entre otras cosas á las niñas que sus antiguos novios han hecho fortuna; Ricardo es juez de primera instancia y Antonio un médico afamado. Cármen y Margarita aspiran á reverdecer su antiguo amor; Concha por su parte, desearia que Pedro la amase como en otro tiempo.

A este fin se conciertan las tres para tender emboscadas á sus primitivos amantes. Margarita se finge enferma, manda á llamar á Antonio, cuando este llega la halla simulando que duerme y besando su retrato, que conserva en un medallon, pero el ardid no le vale.

Cármen envia á Concha á buscar á Ricardo, diciéndole que al saber que iba á casarse con otra ha querido envenenarse. Ricardo acude, cae en la red; pero Cármen, entusiasmada, recuerda sus antiguos hábitos de lujo, pide á las tiendas vestidos, tules, cintas, joyas, etc., y horrorizado ante esta perspectiva, huye de nuevo el novio.

La criada por su parte, sabe tambien que Pedro, á quien desea echar el guante, va á casarse con otra.

Pasan otros diez años, las niñas son ya algo mas que jamonas, y como están solteras, tienen un humor insufrible y hacen víctima de él á su pobre madre.

Sin esperanzas ya de pescar marido, y no teniendo otro recurso, se deciden á hacer la córte á Pedro, á su antiguo criado, el cual las ha estado manteniendo de lástima y ha enviudado, quedándole cinco hijos.

Llega á tal punto la abyeccion en que caen las jóvenes esclavas del lujo, que repugnan. Mas que hijas parecen verdugos de su madre, y tanto para que esta infeliz halle en la caridad consuelo, como para poner fin á la comedia, hace el autor que Ricardo y Antonio, apiadados de ella, la recojan, dejando á sus dos hijas entregadas á los remordimientos.

Este es el argumento de la comedia *Palco, modista y coche*, comedia que demuestra con mas lógica las consecuencias de la debilidad de una madre, que las que el lujo proporciona á los que *quieren* y *no pueden*.

Pero hablemos de otra cosa.

El mes de junio es el mes de las verbenas ó veladas.

Trueba, el poeta popular, el cantor de los mas delicados y sencillos afectos del alma, dice en su *Libro de los Cantares*:

La primera verbena
Que Dios envia,
Es la de San Antonio
De la Florida.

Estos cuatro versos, que no parecerán á muchos mas que la primera parte de una seguidilla, la advertencia prosáica de un calendario, encierran un mundo de ilusiones, un tesoro de bellezas para las imaginaciones juveniles.

¡La verbena de San Antonio! Hé aquí una frase que en cierta época de la vida no puede oirse sin emocion, y sin embargo, lo confieso, yo, que he pasado hace diez años una noche de verbena en las orillas del Manzanares; yo, que desde lejanos paises he recordado esta fiesta popular con la tristeza del prisionero que recuerda la libertad, he vuelto anoche; el cuadro apenas habia cambiado, pero el encanto habia desaparecido á mis ojos.

Hace diez años sentia: la noche del 13 de junio pensaba. Si es esto un privilegio de la razon, yo le rechazo, porque la poesía es la fe, la esperanza, la ilusion, es el rayo de luz que ilumina la vida, es el perfume que embriaga los sentidos, es la música dulcísima que resuena en el alma, y la filosofía es la duda, la sombra, el desencanto.

Mirar sin ver: hé aquí el secreto de lo que nos impulsa á considerar la palabra *juventud* como sinónimo de *felicidad*.

Pero ¿quién es capaz de asegurar que la razon tiene razon?

Yo no me atrevo, y voy á describir á mis lectores las dos distintas impresiones que la verbena ha producido en mí, segun ha sido el prisma con que la he mirado.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Ellos resolverán el problema: yo me limito á presentarlo.

Mi imaginacion se habia recreado en esos cuadros encantadores que Lope y Calderon nos han dejado en sus comedias. Las alamedas del Manzanares, que habian sido teatro de amorosas aventuras, que habian oido discretos galanteos, que habian presenciado los duelos, las pendencias que por un quítame allá esas pajas armaban los galanes de aquel tiempo, aquellas alamedas tenian para mí un poderoso atractivo.

Estaban solitarias unas veces, otras ofrecian ancho campo á los retozos de asturianos y gallegos, algunas veia á una maritornes dejándose requebrar por un soldado, y á pesar de esta prosa, el presente desaparecia de mi vista, y mi imaginacion evocaba el pasado.

Figurábame ver cruzar bajo los árboles á los don Félix y don Juanes, á aquellos galanteadores de oficio que no tenian que despachar expedientes, ni se acordaban de firmar nóminas, ni eran siquiera miembros del consejo de vigilancia de alguna sociedad de crédito; veíalos caminar airosos con la bota estezada ó la finísima calza de color, con el bombacho y el coleto, con el ferreruelo graciosamente suspendido de los hombros y descansando sobre la espada, con la gola y el sombrero chambergo adornado con blancas plumas; divisaba á su lado al escudero escuálido y decidor, husmeando tapadas, entreteniendo dueñas ó trasteando rodrigones, parecíame descubrir aquellas hermosas damas que, envueltas en el manto, seducian con sus ojos ó con sus manos, y cautivaban con su ingenio.

Y estas figuras hablaban con el lenguaje de Calderon y de Moreto, y todo respiraba en torno mio juventud y belleza, y el Manzanares me parecia cinta de plata, espejo de hermosura, nido de Ondinas, y el cielo me parecia alegre, y brillaban de otro modo mas vivo la luna y las estrellas, y las músicas me recordaban las amorosas serenatas; en una palabra, todo aquel mundo creado por la poesía del siglo XVII, todo aquel pueblo jóven, toda aquella nacion que despues de haber conquistado inmortales laureles, no solo dormia, sino que soñaba sobre ellos, se presentaba á mis ojos llena de vida, de animacion, de colorido.

Cuando llegaba la verbena de San Antonio, se renovaban en mí estas impresiones, y al prestigio del recuerdo se unia la belleza de la realidad.

En la alameda de la Vírgen del Puerto resonaban las músicas acompañadas por las castañuelas; la alegría se habia dado allí cita; por las dos calles de árboles que conducen á la ermita de San Antonio cruzaban, en medio de los puestos que animaban con sus pregones los vendedores, multitud de personas que iban ó volvian, ostentando unos vistosos pitos, llevando otros tiestos de albahaca, ramilletes de flores ó pañuelos con sabrosas rosquillas de Santa Clara.

La idea de que las niñas guapas iban á pedir al santo que intercediera en su favor para que les saliera novio, aquellos cuerpos airosos que llevaban un alma con sed de amor, me parecia encantador, y las niñas con sus miradas lánguidas ó provocativas, con sus vistosas faldas y sus trasparentes velos, con las rosas que aprisionaban en sus cabellos al pasar á mi lado, cantando unas, riendo otras, deseando llegar á la ermita estas, sintiendo aquellas tener que volver á sus casas; pero todas con la hermosura de la juventud, con los atractivos que les prestaba el fondo del cuadro en que se me aparecian, fascinaban mi imaginacion, y verbena significaba para mí juventud, belleza, alegría, amor, felicidad.

Los veinte años... ¡qué hermosa edad!

Una noche en la orilla del Manzanares, era un sueño de color de rosa.

El tiempo volaba sin sentir, la humedad y el relente pasaban desapercibidos; ¡qué importaba un resfriado!

Y no bien se acaba la verbena de San Antonio, pensaba uno en la de San Juan, en la de San Pedro, en la de la Vírgen del Cármen... ¡estaba uno tan ocupado!

Perder una noche de verbena era una gran desgracia.

Y sin embargo, diez años bastan para cambiar la decoracion, para dejar de ver lo que se ha visto con diez años menos. Lo pintoresco de los puestos, la algazara de los vendedores, ¿dónde estaban la noche del 13 de junio de este año? El humo de las improvisadas fábricas de buñuelos me parecia lo mas incivil del mundo. Aquellas rosquillas que en otro tiempo hubiera devorado, me hacian recordar las indigestiones.

Los pitos de cristal que compraban los padres á los niños, me hacian pensar en el peligro que corrian los angelitos si se les rompian en la boca.

En los puestos y baratillos veia levantarse la escuálida figura del comercio, tan asendereado en los últimos tiempos, aprovechando una ocasion para vender sus desperdicios.

En aquellas mujeres que tan hermosas me parecian con sus faldas de *barege* y sus velitos de tul, no veia mas que un momento de libertad concedido á sus víctimas por esos dos tiranos que se llaman la *Moda* y el *Lujo*.

Las infelices viven todo el año encerradas en sus pobres viviendas; pero llega el verano con sus frescas noches, y pueden salir á respirar, luciendo el escaso producto de sus ahorros.

Es tambien para ellas la época de buscar novio.

Detrás de la música veia la mano del ciego pidiendo un óbolo á la caridad ó á la alegría.

Las damas elegantes y ricas que, apeándose de las lujosas carretelas, se paraban en los puestos donde vendian pitos vistosos, y pagaban diez, quince ó veinte reales por cada pito, me hacian fijar la vista en los innumerables pobres que asediaban á los concurrentes.

Cada pito era un dia de bienestar para aquellos infelices, y la satisfaccion de una hora para aquellas damas. En una palabra, la razon ó la reflexion quitaban á mi imaginacion, á mi alma, los encantos de otros dias.

¿Y quiere decir esto que yo no ví hace diez años y que he visto ahora? ¡Oh! no, este año habia en la verbena infinitas almas que se bañaban en raudales de poesía, que soñaban, que estaban olvidadas de todas las miserias de la vida, que no temian que la humedad los produjese dolores reumáticos, que creian tener un cetro al ostentar en la mano un vistoso pito.

El hombre varía con la edad, pero cada edad tiene sus privilegios. ¿Quiere decir por ventura este cambio de prisma para ver, que á cierta edad se pierden las ilusiones? Tampoco: el jóven de ayer no comprendia los goces de la familia, no habia experimentado esa satisfaccion que se siente cuando se recoge el fruto del trabajo, no habia gozado esa felicidad suprema de verse reproducido en un hijo, no adivinaba esas alegrías del hogar que constituyen las ilusiones de la edad mas avanzada.

Hablad al jóven de estos goces, y no os entenderá; hablad al hombre de los efímeros placeres de los primeros años de la juventud, y brillará en sus labios una amarga sonrisa.

Y sin embargo, todos los años, al llegar la verbena, latirán alborozados muchos corazones, y muchas niñas guapas irán á pedir novios á san Antonio, mientras que las que se los pidieron hace quince ó veinte años irán allí á divertir á sus hijos, ó á acechar la ocasion de vender á los cándidos las sobras del comercio, ó rosquillas recalentadas para que parezcan recien hechas.

Pero basta ya de filosofía, que llega el mes de julio, y hace demasiado calor para calentarse los cascos.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de junio de 1867.

Poesía.

LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

La Vírgen santa dormia
Y el mundo entero callaba,
La fuente no murmuraba
Ni el manso arroyo corria.

La casta y brillante aurora
Tampoco quiere alumbrar,
Por temor de despertar
A su virginal Señora.

Sueños de dulce consuelo
Cruzan por su mente pura,
Sueños de santa ventura
Que hacen sonreir al cielo.

Dulce calma en torno habia,
Su aroma daban las flores,
Y en sus tallos tembladores
Blandamente se mecian.

Cuando celestial querube
Abriendo su paso al sol,
Se vió en carro de arrebol
Descender en densa nube.

Ante la hermosa doncella
Que Dios por madre ha elegido,
Prosternado y confundido
Detiene su santa huella.

Y turbado de alegría,
Bajando ante ella la frente,
La saludó en voz potente
Diciéndola: «Ave María.»

«Dios te salve, reina hermosa,
Flor entre flores nacida,
La buscada, la elegida
Para madre venturosa:

Dios te salve, pues tú eres
Reina del celeste amor,
Bendita por el Señor
Entre todas las mujeres.

Y bendito el sin igual
Que á nacer predestinado,
Queda desde hoy encerrado
En tu vientre virginal.

Soplo de Espíritu Santo
Y emanacion del Eterno,
Será terror del infierno
Y de los cielos encanto.

Jesus llevará por nombre,
Y tú, bendita, señora,
Serás su co-redentora
Para redimir al hombre.»

Y besando el casto pié
De la mujer sin mancilla,
Dobló otra vez la rodilla
Y por los aires se fué.

Y María despertando
Buscó la voz con anhelo,
Mas la voz era del cielo
Y ella se quedó llorando.

Ante santo altar de hinojos
Postrado su hermoso ser,
Le quiso á Dios ofrecer
Aquel llanto de sus ojos.

Y en su doliente ansiedad
Dijo con ferviente amor:
«Soy vuestra esclava, Señor,
Haced vuestra voluntad.»

Y el verbo quedó encarnado
En el vientre de María,
Del que despues naceria
Para ser crucificado.

. . . . . .

Vírgen y Madre amorosa,
Amparo del desvalido,
Por el gozo que has sentido
Con nueva tan venturosa;

Dá tu amparo maternal
A los tristes pecadores,
Para cantar tus loores
En el reino celestial.

AGUSTIN SARTORIO.

Coronacion del rey de Hungría.

(Véase el número 757.)

Aunque en el último número hemos dado ya á nuestros lectores una reseña completa de las ceremonias que han tenido lugar para la coronacion del rey de Hungría, insistiremos hoy particularmente en aquellos episodios que se ven representados en nuestros dibujos.

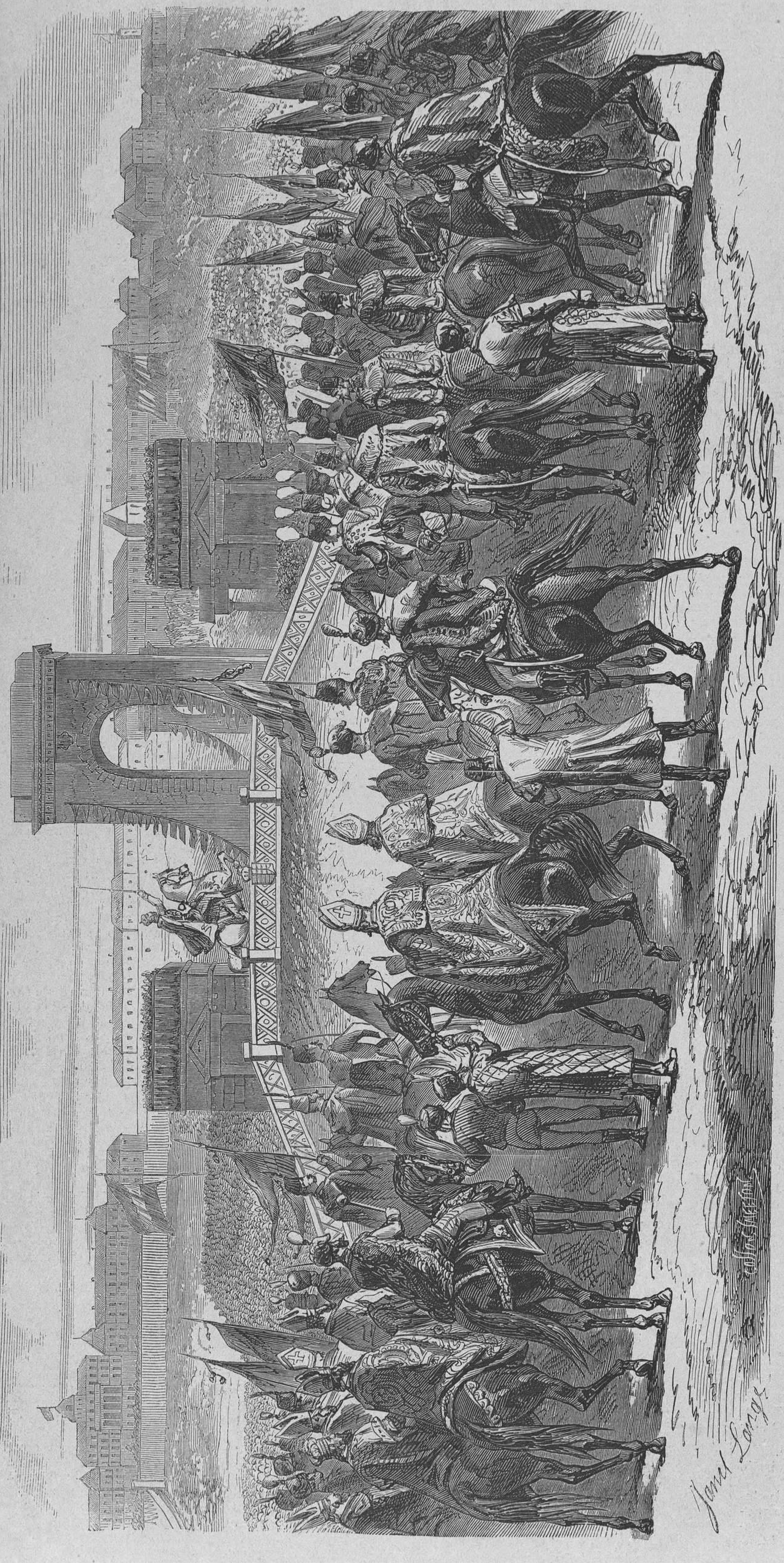
Terminadas las ceremonias en Ofen con la creacion de los caballeros de la Espuela de Oro en la iglesia de la Guarnicion, la régia asamblea montó de nuevo á caballo para volver á Pesth, donde la esperaba el pueblo, en tanto que en la plaza de la iglesia donde habia tenido lugar la coronacion, el ministro de Hacienda arrojaba á la multitud puñados de monedas de oro y plata, acuñadas de intento para esta circunstancia.

Desde este instante la ceremonia cambia de aspecto y se hace á la vez mas popular y caballeresca. La reina, consagrada desde que la ha tocado la corona de San Estéban, se separa del rey. Las carrozas que la han llevado á la iglesia parroquial la esperan delante de la puerta de la iglesia de la Guarnicion y la conducen al Danubio, donde un barco de vapor la recibe, así como á los niños imperiales, á las personas de su comitiva y á los miembros del cuerpo diplomático para trasportarlos á Pesth sobre la orilla izquierda. El balcon que ocupa la fachada de los edificios del Lloyd, construccion monumental de estilo griego, habia sido dispuesto para recibir á S. M.: este edificio ocupa una de las caras de la plaza Francisco José que tiene por los otros tres lados un caserío majestuoso, interrumpido por el muelle del Danubio que es donde desemboca el puente colgante. Sobre el terrado de los dos pabellones que guarnecen los ángulos de la casa del Lloyd, habian tomado asiento las señoras de la córte y los miembros del cuerpo diplomático.

Entre tanto el cortejo del rey habia dejado la iglesia de la Guarnicion y bajaba las cuestas llenas de graderías cargadas de espectadores, que conducen del palacio real al puente. Cuando desde la plaza de Francisco José y de los muelles de la orilla izquierda distinguieron el cortejo entrando en el puente, una especie de estremecimiento religioso recorrió, como una corriente eléctrica, los miles de espectadores que obstruian las calles desde por la mañana. La larga fila atravesó lentamente el puente y asomó por fin á la plaza de Francisco José, cuyo vasto espacio estaba libre. Un hurra enorme, compuesto de cien mil gritos de alegría estalló de repente; eran las diez y cuarto y el sol desembarazado de las nubes que le habian oscurecido momentáneamente inundaba con sus rayos este magnífico cuadro.

En pos de un escuadron de húsares con chaquetilla azul bordada de amarillo, venian los pages de la córte con traje de la época de Luis XV, casaca escarlata, calzon corto y media de seda. Estas dos tropas no formaban mas que una especie de preludio: el verdadero cortejo comenzaba con los magnates que se adelantaban en masa compacta, espléndida mezcla de hombres y caballos, en la que brillaban riquezas acumuladas con un lujo inaudito. La escena es indescriptible. La nobleza húngara que habia esperado esta consagracion hace veinte años, desplegó el 8 de junio todos sus es-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



FIESTAS DE PESTH. — El rey de Hungría sobre el cerro de la coronacion, dando un golpe con su espada á cada uno de los cuatro puntos cardinales.

plendores tradicionales. Sin hablar de los magníficos caballos, todo allí eran pedrerías que relucian en sus antiguas y macizas monturas, esmaltes que cubrian las sillas, pieles raras, armiño, zorro azul, pieles de oso, de tigre ó de leon.

A cada magnate acompañaban dos hombres vestidos de húsares con los colores de la casa, y con un lujo proporcionado al del amo y el caballo; y detrás de los magnates desfilaban los altos señores de la casa imperial, los grandes cruces de las órdenes de S. M., los caballeros del Toison de Oro, los grandes personajes húngaros al servicio austriaco, los ministros, entre los cuales la multitud buscaba á M. de Beust para aclamarle, como el principal promovedor de este gran asunto.

No menos espléndidos y orgullosos que los magnates se mostraban los diputados de los diversos comitats, divididos en pequeños grupos, rodeando sus banderas particulares. Cada comitat tenia su traje y sus colores: estos de terciopelo azul bordado de armiño, aquellos de terciopelo amaranto bordado de marta cibelina; otros de terciopelo escarlata con muchos galones, y en medio de todo este brillo, los de Jazig formaban un singular contraste. Su numerosa tropa compuesta de paisanos medio guerreros, venidos del fondo de la Hungría, vestian de negro y llevaban en la cabeza una gorra de astrakan; sus caballos erizados, con sus arneses de cuero; sus narices de águila, sus miradas penetrantes, su cútis, parecido al tono del bronce mate, daban á este escuadron un aspecto salvaje. Tales son los hijos de aquellos héroes que detuvieron á los turcos á las puertas de Viena.

Cuando hubieron pasado estos hombres llegaron los dignatarios de la corona, á caballo, con las insignias reales: eran el conde Andrassy, el príncipe primado, y en fin, el conde Edmundo Zichy, magníficamente vestido y montado en un caballo acorazado con placas de oro y plata sembradas de turquesas, la cabeza descubierta y la espada desnuda. Una corta distancia le separaba del rey.

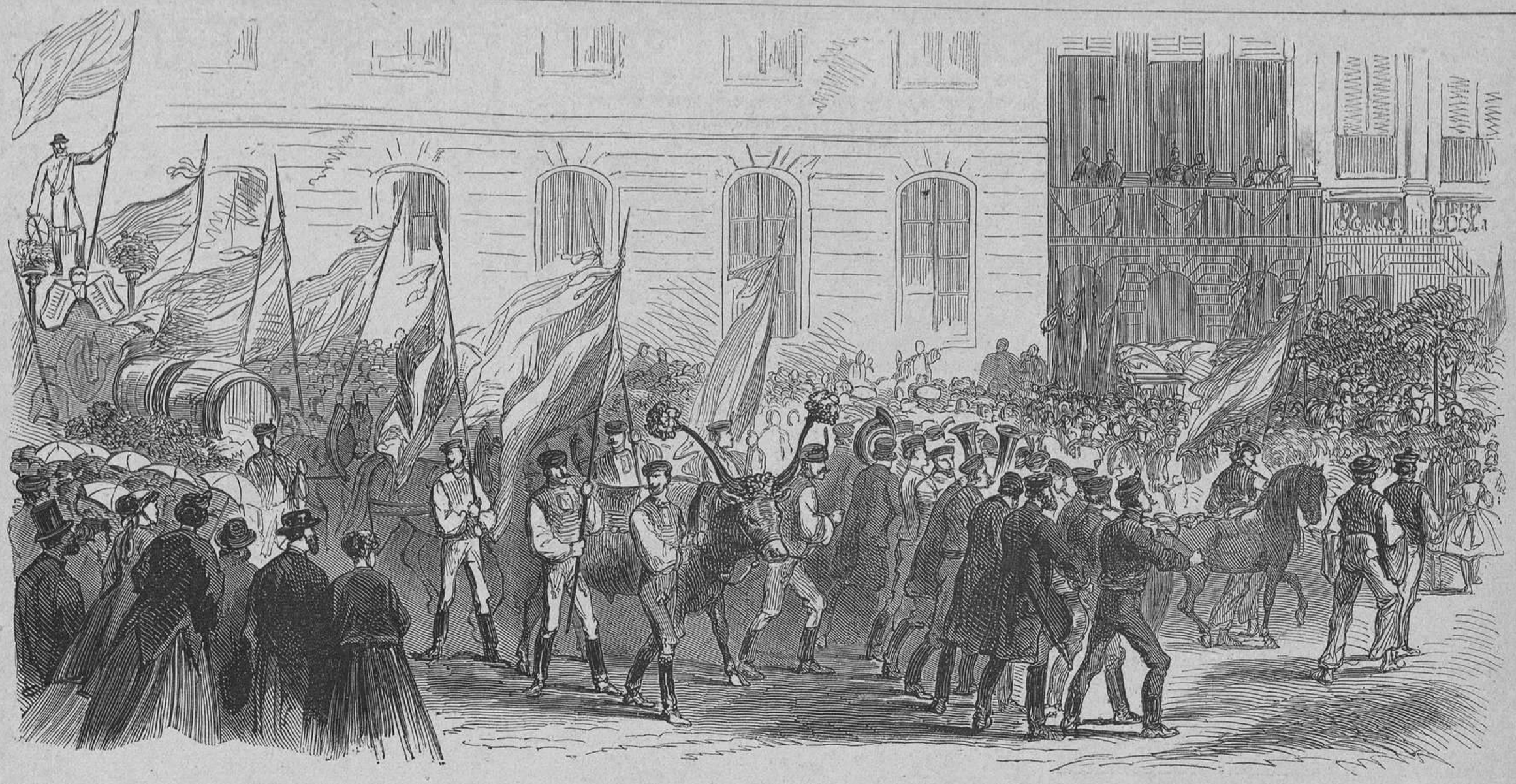
Francisco José montaba un soberbio caballo blanco. El manto de San Estéban se extendia en largos y pesados pliegues desde sus hombros hasta las ancas del caballo; con la santa corona sobre la cabeza el rey conservaba una fisonomía no severa, sino grave y profundamente recogida; cumplia el acto mas considerable de su reinado y se conquistaba en aquel instante mas de diez millones de corazones. Seis guardias húngaros á pié marchaban al lado del monarca.

Detrás del rey cabalgaba una tropa toda de oro; eran los veinte y siete arzobispos, obispos y prelados de Hungría, todos á caballo, con sus capas, la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, espectáculo tan solemne y augusto como extraordinario. Cerraban la marcha destacamentos de la guardia húngara, de la gendarmería, y un escuadron de húsares.

A medida que los personajes del cortejo salian del puente, volvian á la derecha dejando detrás de sí la plaza de Francisco José y seguian el muelle del Danubio. Estrados ricamente adornados y altos como casas, cuajados de espectadores adornaban el muelle.

Al cabo de una marcha triunfal de un cuarto de hora, el cortejo llegó á la plaza de la iglesia parroquial de Pesth, donde el rey debia prestar juramento á la nacion. En medio de la plaza habia un estrado, y cuando el rey llegó á él, se apeó, así como el príncipe primado, el obispo de Gran y los ministros, y subió con ellos las gradas del estrado. El ministro presidente, que hacia funciones de palatino, presentó al príncipe primado la fórmula del juramento que el prelado leyó al rey, y el rey la repitió textualmente con voz clara y firme. La multitud que habia escuchado todo el principio del ju-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

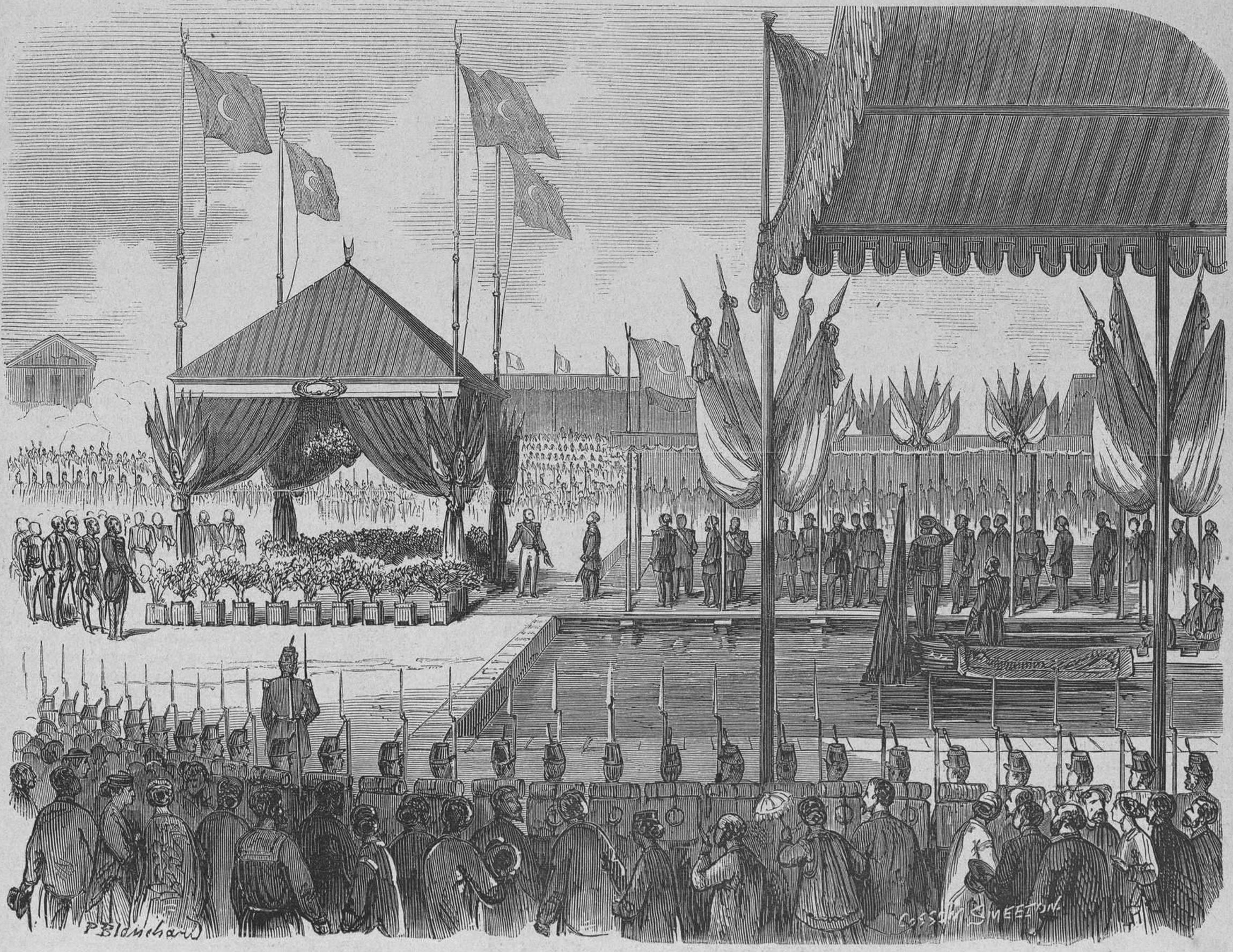


PESTH. — Donativos ofrecidos solemnemente á S. M. el rey de Hungría, con motivo de su coronacion.

ramento en un recogimiento profundo, estallo en *eljen* y en hurras, cuando el rey volviéndose hácia el Este y alzando la mano derecha con dos dedos extendidos, dijo en un latin que traducimos:

« Juramos mantener intactos los derechos, la constitucion, la independencia y la integridad territorial de la Hungría y de los paises vecinos. »

Volviendo á montar á caballo, el cortejo dejó el Danubio y se dirigió otra vez á la plaza de Francisco José por en medio de una muchedumbre ébria de alegría. En el centro de esta plaza, vacia como ya hemos dicho, habia un cerro de unos dos metros de alto, formado de tierras enviadas por cada comitat de la Hungría; cuatro pendientes bastante rápidas ponian en comunicacion el suelo de la plaza con la plataforma del cerro, y á medida que llegaba el cortejo, los jinetes se formaban en círculo en torno del cerro, dejando libre el acceso de la cuesta situada enfrente del pabellon donde estaba la reina. El rey estando ya á corta distancia de la pendiente, desenvainó su espadà, lanzó de repente su caballo á galope, escaló la cuesta y detuvo su montura en lo alto del cerro. Desde allí echó una mirada á los magnates y al pueblo, y luego dirigió su espada hácia el Este, y haciendo dar vueltas á su caballo repitió el



TOLON. — Desembarco del sultan Abdul-Aziz, el 29 de junio de 1867.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mismo ademan designando el Norte, el Oeste y el Sur, queriendo decir con esta accion simbólica, que el rey está dispuesto á defender á la Hungría sea cual fuere el lugar del mundo por donde se vea atacada.

Cuando el rey bajó del cerro, en medio de las frenéticas aclamaciones de la muchedumbre, el cortejo se dirigió al palacio real de Ofen, adonde llegaba tambien la reina por el vapor que la habia traido.

En el palacio tuvo lugar el banquete real, donde Sus Majestades, sentados á una mesa á la que solo son admitidos el obispo de Kalocza, el príncipe primado y el palatino, tienen por sirvientes á los altos dignatarios de la corona: entre los numerosos manjares que sirven al rey hay uno que no puede dispensarse de probar, y es un pedazo de uno de los bueyes asados durante la coronacion, en una de las plazas públicas de Ofen. El rey debe asimismo vaciar una copa de vino gritando: ¡Viva la patria! Las salvas de artillería anuncian las diferentes fases de esta solemnidad al pueblo que por su parte se entrega tambien á un colosal banquete.

Otras ceremonias hubo en los dias 9 y 10; mas no queriendo extender demasiado esta relacion, citaremos rápidamente la comida dada el 9 por los magnates al rey y á la reina, donde M. de Beust pronunció algunas palabras de las mas simpáticas para la Hungría.

Finalmente, el 11 recibieron SS. MM. en el palacio real á las diputaciones de las ciudades de Pesth y de Ofen, encargadas de entregarles, segun la antigua usanza, los tributos de las municipalidades. Por delante del balcon en que se hallaban SS. MM. desfilaron bueyes guisados por aldeanos con el traje húngaro, precedidos de músicos tsiganes, y mozas con canastillos de flores, pan y cereales.

La córte dejó el 12 la capital de la Hungría.

V. S.

Revista de Paris.

No ha perdido el sultan todas las fiestas dispuestas en su honor y que se hallaban anunciadas en el programa. Aunque, como dijimos ya á nuestros lectores, la gran revista se suspendió con la noticia de la ejecucion de Maximiliano, por fin tuvo efecto el lúnes último en los Campos Elíseos, y el espectáculo, no por haber sido, digámoslo así, improvisado, dejó de ser brillante. Formaron cincuenta mil hombres de tropas escogidas, y el cortejo imperial ofrecia un ostentoso aspecto. Detrás del emperador, el sultan y el gran duque de Sajonia Weimar, que iban á la cabeza, se agrupaban el hijo de Abdul-Aziz, el príncipe de Orange, el príncipe Napoleon, el duque de Aosto, el duque de Leuchtenberg, el príncipe de Sajonia Weimar, el príncipe de Montenegro y los mariscales Niel y Bazaine.

A su llegada á los Campos Elíseos, todas las músicas tocaron el himno nacional de Turquía.

Despues de haber recorrido sucesivamente el frente de todas las líneas, SS. MM. se colocaron delante del pabellon central del palacio de la Industria, y comenzó el desfile, que presenció una muchedumbre inmensa.

Otra gran fiesta habia preparada en obsequio al sultan, que aunque sin efectuarse como la revista, no se ha perdido enteramente: nos referimos al baile del Hotel de Villa. Todo se hallaba pronto ya cuando llegó la órden de suspender la fiesta; mas el sultan, deseoso de corresponder á las manifestaciones de sentimiento del cuerpo municipal, anunció para aquella misma noche su visita.

Todo el edificio se iluminó exterior é interiormente, lo mismo que si el baile hubiese de tener lugar, y el sultan fué recibido al apearse del coche por el prefecto del Sena y el de policía. Los miembros que componen el municipio se hallaban en el patio de Mármol donde fueron presentados al sultan. Las señoras esperaban en el primer salon, donde fueron presentadas igualmente, siendo de advertir que no se habia hecho convite alguno fuera de la corporacion municipal.

Las orquestas ejecutaban la marcha imperial turca cuando el sultan comenzó la visita de los salones que recorrió detenidamente.

Abdul-Aziz tomó asiento delante de una mesita en la que sirvieron algunos refrescos, y luego se retiró, manifestando al prefecto del Sena toda su admiracion por los esplendores del Hotel de Villa de Paris.

El sultan ha salido de Paris el juéves 11 para Lóndres, donde asistirá á una gran revista marítima y á distintas fiestas. No se sabe qué via tomará despues para regresar á sus Estados. Habíase dicho que si el tiempo lo permite, tomaria la via de mar, esto es, se embarcaria en Marsella; mas ahora se afirma que el embajador de Austria, príncipe de Metternich, ha insistido lo bastante cerca de Abdul-Aziz para que realice su primitivo proyecto de pasar á Viena antes de volver á Constantinopla. El sultan ha cedido, á lo que aseguran, porque no quiere descontentar á nadie; pero justamente aquí tropieza con la Prusia, que por medio de su embajador, le ha instado igualmente para que vaya á Berlin. No hay para qué añadir que no se habla nada de San Petersburgo.

En todo caso, lo que parece cierto, es que el sultan se ha complacido mucho en Paris, y la buena acogida que recibió el lúnes en la revista de los Campos Elíseos, le ha dejado particularmente satisfecho.

Poco hemos hablado en nuestras últimas revistas de las carreras de caballos, que continúan siendo para los parisienses un espectáculo de los mas concurridos en la temporada; pero este verano es un verano excepcional, y ya saben nuestros lectores que hemos tenido que consignar aquí hechos mas importantes. Además, no ha habido tampoco grandes peripecias, como la de Lóndres, que dió al feliz dueño de un caballo desdeñado por los inteligentes, la bonita cantidad de cinco millones de francos.

La historia de este afortunado campeon, en lo relativo á su calidad de sportman, es muy curiosa, y la han referido los diarios de Paris con largos pormenores.

M. Chaplin (este es su nombre) es un hombre jóven todavía que posee una fortuna considerable.

Pertenece á la clase plebeya, puesto que su padre es uno de los sucesores de MM. Pickford y compañía, los grandes empresarios de trasportes en Lóndres, casa conocida con el nombre de Chaplin, Horne y compañía.

Hace algunos años, el M. Chaplin á quien nos referimos, se enamoró de la hija de un noble lord, huérfana nada rica, y un tanto conocida por su carácter excéntrico.

Con efecto, haciendo gala de sus gustos exagerados, no perdonaba ninguno de los goces que proporciona el lujo, aunque como decimos, la fortuna no la habia dispensado sus favores.

En suma, sus gastos fueron tales, que cuando llegó á la edad de contraer matrimonio, tenia deudas que subian á un total de seis mil libras esterlinas.

Por entonces hizo conocimiento con M. Chaplin.

En la misma época, un marqués conocidísimo en Lóndres, y cuyo nombre figura entre los primeros en la lista del Derby, hacia tambien la córte á la huérfana.

Durante cuatro meses la jóven pareció inclinarse á M. Chaplin, y todo el mundo creia que no tardaria en celebrarse la boda. Habia fundados motivos para creerlo así, pues todos sabian que M. Chaplin habia pagado las deudas de su pretendida, lo que ejecutó con suma delicadeza, á fin de no ajar en lo mas mínimo el amor propio de la jóven.

Juntos se les veia siempre por todas partes.

Un dia M. Chaplin fué con la jóven á una tienda de novedades de Oxford-street, y se quedó á la puerta esperando mientras ella hacia algunas compras.

Pasó una hora, pasaron dos, y no parecia la jóven.

Lo cierto es que habia salido, pero por una puerta falsa, á la cual encontró el carruaje del marqués que la esperaba, y habiendo tomado asiento en el coche al lado del noble lord, habia dejado á Lóndres seguidamente.

Aquella misma noche la huérfana era marquesa.

El chasco era de tomo y lomo.

M. Chaplin se sintió doblemente herido con el golpe, en su cariño y en su amor propio. Cayó enfermo, enfermo de peligro; mas al salir de su enfermedad, juró vengarse.

Conociendo al marqués como á uno de los mas ardientes sportmen de Inglaterra, se dijo:

— Yo te arruinaré.

Y efectivamente, se introdujo en el mundo del turf con la decidida intencion de hacerle la guerra.

Antes de aquel tiempo jamás habia apostado y jamás habia asistido á las carreras; pero de todos modos, se hizo con una magnífica caballeriza, y dirigió todas sus apuestas contra los caballos del noble lord.

Sin embargo, la ciencia del sport es mucho mas difícil de adquirir de lo que se habia imaginado M. Chaplin, y así fué que salió derrotado repetidas veces.

Para este año habia preparado M. Chaplin un golpe maestro. Habia apostado fuertes cantidades contra los caballos del marqués, quien habia aceptado todas las apuestas.

Así ha sido tan considerable la ganancia. Ahora lo que se añade, es que el marqués está en vísperas de su ruina.

¿Habrá quedado satisfecho M. Chaplin?

La Exposicion tiene sus cronistas como el mundo parisiense. La mayor parte de los diarios de Paris, políticos y literarios, destinan una seccion en la que insertan todos los hechos notables, anécdotas é historietas que tienen por teatro el Campo de Marte, y á decir verdad, no les falta cosecha.

Uno de los lances mas curiosos de que han hablado estos últimos dias, es el siguiente:

El panorama del istmo de Suez no estaba aun abierto al público, y solo penetraban en el recinto los que tenian permiso para ello.

Un veterano inflexible en cuanto á la consigna y de sólidos puños, hacia centinela á la puerta.

De repente una señora de aire aristocrático, y que acababa de destacarse de un grupo de personas de alta distincion, se encamina hácia el edificio; mas el veterano, viendo que trae ánimos de entrar, se atraviesa á la puerta y exclama:

— Señora, aquí no se entra.

— Pues me parece haber visto entrar á varias personas.

— Tendrian permiso; sin permiso no habrian entrado. ¿Le tiene Vd?

— No; pero quizás si yo descubriera mi nombre al comisario me permitiria...

— El comisario está muy ocupado y no recibe visitas... Lo mejor que Vd. puede hacer es retirarse.

— Vaya, dígale Vd. que está aquí la emperatriz.

El veterano soltó una carcajada.

— ¡La emperatriz! Famosa salida... Pues es inútil, no se me engaña á mí.

La señora vió que todos sus esfuerzos serian vanos, y entonces volviéndose al grupo llamó á un par de lacayos con librea de la córte, los cuales quitándose el sombrero, se plantaron cada uno á un lado de la puerta.

Solo entonces el guardian se resolvió á reconocer á la emperatriz, quien lo primero que hizo fué hablar al comisario para que no se despidiera al hombre que con tanto celo y tan á la letra cumplia lo que le encargaban.

Las fiestas inusitadas que hace algunas semanas se vienen sucediendo en Paris, no menos que la Exposicion universal, nos han obligado á descuidar los sucesos menudos de la crónica contemporánea. Y sin embargo, de tiempo en tiempo no dejan de ofrecer su interés estos incidentes, como lo prueba, por ejemplo, la siguiente historieta que con variados pormenores refieren los diarios de la última semana.

Sabido es que Paris se halla rodeado de una infinidad de casas de campo, cuyos dueños alquilan durante el verano las habitaciones que no les sirven.

Estas habitaciones están amuebladas.

Ahora bien, á principios del estío actual, el señor baron de la Renaudiere alquiló un aposento de este género en una casa de Passy confinante con el bosque de Boulogne.

El baron, por lo regular, pasaba dos ó tres dias cada semana en su habitacion campestre.

Hombre de unos cincuenta años, de buena educacion y simpático, no tardó en hacerse amigo de su casero, y despues hizo conocimiento con una viuda, su vecina de campo, que no deseaba otra cosa sino reemplazar á su difunto esposo.

El baron decia que estaba solo en el mundo, y que aunque poseia una bonita fortuna, pasaba la vida muy aburrido y su mayor deseo era encontrar una persona de su categoría y educacion para casarse con ella. A todo esto añadia que miraba con predileccion á las viudas.

Todas estas confidencias que hizo á su casero, fueron trasmitidas por conducto de este á la viuda, deseosa de contraer segundas nupcias. Las cosas marcharon á las mil maravillas. El baron conquistó tan bien y en tan poco tiempo las buenas gracias y la confianza de su vecina, que le arrancó prestados diez mil francos que necesitaba momentáneamente, y de los cuales debia sacar un importante beneficio, que naturalmente aprovecharia á la casa una vez realizado el proyectado enlace.

Algunos dias antes del término fijado para las bodas, el baron desapareció y la viuda recibió una carta anunciando que un negocio urgente hacia indispensable su presencia en el extranjero, y que á su vuelta, que no podria tener lugar hasta pasados algunos meses, se apresuraria á consumar el convenido enlace. Por añadidura decia que el negocio que traia entre manos debia doblar su fortuna.

Nadie sospechó que esta carta contenia tantas falsedades como palabras.

Uno de estos últimos dias el casero en cuestion, recibió la visita de un amigo suyo, hacendado en las cercanias de Saint-Cloud, quien muy alegre venia á participarle que su hija que se habia quedado viuda á los veinte y cinco años de edad, se decidia á contraer nuevo matrimonio.

— ¿Y con quién se casa? preguntó nuestro hombre.

— ¡Oh! Es un partido brillante. Se casa con un hombre rico, con un título.

— ¿Cómo se llama pues, el futuro?

— El baron de la Renaudiere.

— ¡El baron de la Renaudiere! repitió el casero estupefacto.

— El mismo... ¿Parece que le extraña á Vd?

— Ya lo creo. ¿Quiere Vd. contarme cómo se ha preparado la boda?

— Nada mas sencillo.

El baron habia repetido en Saint-Cloud la comedia de Passy con el mismo éxito. La única diferencia que habia era que aun no habia salido para el extranjero.

Entonces el casero refirió lo que él sabia y entrambos amigos sacaron en conclusion que el famoso baron de la Renaudiere, no era otra cosa que un caballero de industria.

Seguidamente dieron parte á la justicia, y con efecto, se descubrió que el citado personaje, que por supuesto no tiene tal título de baron, es un antiguo fabricante de fósforos que no habiendo prosperado con su oficio, imaginó sacar partido de su educacion y prendas físicas, conquistando, ó mejor dicho, engañando á las viudas.

Mas de quince viudas han sido engañadas por él, gracias á las maniobras que hemos señalado; todas ellas estaban esperando con impaciencia el regreso del baron, y grande fué su desengaño cuando supieron que habian sido juguete de un caballero de industria.

Lo cierto es que el fosforero reñido con su oficio, ha sabido realizar una cantidad de bastante importancia con el dinero que sacó á sus víctimas, sin que por esto hayan encontrado en su posesion mas que algunos centenares de francos.

¿Qué ha hecho con lo demás? Esto lo indagará la justicia.

Una triste noticia para concluir esta crónica.

Ponsard ha fallecido. La enfermedad que hace años le minaba (un cancer en el estómago), no dejaba esperanza alguna á sus numerosos amigos y admiradores.

Todo está dicho ya sobre este gran poeta de la escuela trágica, que por los años de 1843 hizo una verdadera revolucion en el teatro con su imponderable obra maestra *Lucrecia*, en ocasion en que el romanticismo se hallaba en su apogeo.

Sus funerales se celebraron el mártes último con gran solemnidad en la iglesia de Passy, colgada enteramente de negro y en medio de la cual se elevaba un rico catafalco.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El emperador se hallaba representado en la fúnebre ceremonia por uno de sus chambelanes, y la Academia francesa, á la que pertenecia Ponsard, así como la Sociedad de autores dramáticos habian enviado numerosos representantes, que se confundian con otras notabilidades del mundo de las letras y de las artes.

Como los restos del poeta deben ser trasportados á Vienne, en el departamento del Isère, su pueblo natal, concluido el oficio, el féretro fué depositado en el jardin del presbiterio contiguo á la iglesia, y allí se pronunciaron tres discursos, por M. Cuvillier Fleury, en nombre de la Academia francesa; por M. de Saint-Georges, en nombre de la Sociedad de autores dramáticos y por M. Thierry, en nombre del Teatro Francés, que fueron oidos con el mas profundo recogimiento.

MARIANO URRABIETA.

Distribucion de las recompensas

DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

El lúnes 1º de julio ha tenido lugar en el Palacio de la Industria (Campos Elíseos), la distribucion de las recompensas de la Exposicion universal de 1867. La nave central del Palacio de la Industria habia sido trasformada para esta ceremonia en un vasto anfiteatro donde mas de 20,000 personas pudieron fácilmente hallar asiento. El eje de la nave estaba ocupado por trofeos que representan los principales atributos de los diez grupos de la Exposicion. De las bóvedas pendian colgaduras de terciopelo encarnado con franja de oro, y habia letreros y trofeos de banderas que indicaban los sitios ocupados por los miembros de las comisiones extranjeras.

Un pasillo de circulacion rodeaba el terraplen de la nave al pié de los anfiteatros.

El trono se elevaba en medio del crucero por el lado de la fachada Norte del palacio, sobre un estrado coronado con un dosel de terciopelo carmesí.

Sobre el estrado, á derecha é izquierda del trono, habian reservado asientos para los príncipes y princesas convidados á la ceremonia.

Delante del estrado del trono estaban los ministros, los miembros del Consejo privado, el presidente del Cuerpo legislativo, los mariscales y almirantes, el gran canciller de la Legion de Honor, teniendo delante de sí á sus señoras, y las viudas de los mariscales y almirantes.

Las primeras gradas estaban ocupadas por los miembros de la comision imperial.

A derecha é izquierda del estrado del trono se hallaban la casa del emperador, el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado; las diputaciones del tribunal de Casacion, del tribunal de Cuentas, del Consejo imperial de Instruccion pública, del Instituto de Francia, del tribunal imperial de Paris, del clero de Paris, del Consejo central de las Iglesias reformadas, del Consistorio de la Iglesia reformada y de la Confesion de Augsburgo, del Consistorio central israelita; el Consejo de prefectura del departamento del Sena, el Consejo municipal, los alcaldes y adjuntos de Paris; las diputaciones de los Cuerpos académicos, del tribunal de primera instancia del Sena, de los tribunales de Comercio, del Consejo de Prud'hommes, de las administraciones centrales, de las administraciones departamentales, de la guardia nacional y del ejército.

El Cuerpo diplomático habia tomado asiento en la parte del anfiteatro que da frente al trono.

Una orquesta de 1,200 músicos y coristas ocupaba el extremo oriental del anfiteatro. Al extremo opuesto una escalera ponia el terraplen de la nave en comunicacion con un salon donde se hallaban reunidos los expositores que habian obtenido los grandes premios y las medallas de oro.

A la una y media los expositores recompensados reunidos por grupos, llegaron, con la bandera á la cabeza, á tomar asiento cerca de los trofeos de sus grupos.

Las personas que habian obtenido recompensas del nuevo órden, se colocaron enfrente del trono.

A la una y tres cuartos el cortejo del emperador salió del palacio de Tullerías en el órden siguiente:

Trompetas de los lanceros de la guardia;
El coronel de los lanceros de la guardia;
Un escuadron de lanceros de la guardia en columna por pelotones;
Los batidores de Sus Altezas Imperiales;
El carruaje de S. A. I. la princesa Matilde, conteniendo su servicio;
El carruaje de SS. AA. II. el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde, conteniendo sus servicios respectivos;
Cuatro palafreneros.

Primer carruaje de seis caballos.

Las dos señoritas de honor de S. M. la emperatriz;
El prefecto del palacio de servicio;
El chambelan de la emperatriz, de servicio.

Segundo carruaje de seis caballos.

Las dos damas del palacio, de servicio;
El primer chambelan del emperador;
El chambelan del emperador, de servicio.

Tercer carruaje de seis caballos.

La dama de honor;
El mariscal comandante en jefe de la guardia imperial.
El ayo del príncipe imperial;
El ayudante general del palacio.

Cuarto carruaje de seis caballos.

El gran mariscal;
El gran chambelan;
El montero mayor;
El gran maestro de ceremonias.

Quinto carruaje de seis caballos.

Su Alteza Imperial la princesa Clotilde;
Su Alteza Imperial la princesa Matilde.

A la portezuela de la derecha.

El caballerizo de Su Alteza Imperial el príncipe Napoleon.

A la portezuela de la izquierda.

Un capitan de lanceros de la guardia;
Seis batidores de frente.

El carruaje del emperador, con tiro de ocho caballos.

El emperador;
La emperatriz;
El príncipe imperial;
Su Alteza Imperial el príncipe Napoleon.

A la portezuela de la derecha.

El caballerizo mayor;
El primer caballerizo del emperador;
El coronel comandante de los cien guardias;
El oficial de ordenanza, de gran servicio;
El caballerizo del emperador, de servicio.

A la portezuela de la izquierda.

El edecan del emperador, de servicio;
El edecan del príncipe imperial, de servicio;
El oficial de ordenanza, de servicio ordinario;
El caballerizo del príncipe imperial;
Dos pelotones de los cien guardias del emperador;
Un escuadron de lanceros de la guardia en columna por pelotones.

El cortejo, habiendo salido del pabellon del Reló, atravesó el jardin de Tullerías. la plaza de la Concordia y la avenida de los Campos Elíseos.

En el trayecto formaban la carrera la guardia nacional y la guardia imperial.

El cortejo del sultan salió del Elíseo en el órden siguiente:

Trompetas de los lanceros de la guardia;
El teniente coronel de los lanceros de la guardia;
Un escuadron de lanceros de la guardia en columna por pelotones;
Cuatro palafreneros á caballo.

Primer carruaje de seis caballos.

Dos chambelanes del sultan;
Dos edecanes del sultan.

Segundo carruaje de seis caballos.

Halid-Bey, segundo chambelan;
General de division, Marko-bajá, médico mayor;
Harifi-Bey, primer intérprete del divan imperial;
El chambelan del emperador, agregado al sultan.

Tercer carruaje de seis caballos.

Su Alteza Fuad-bajá, ministro de Negocios extranjeros;
Su Excelencia Djemil-Bey, primer chambelan;
Su Excelencia Emin-Bey, primer secretario;
Su Excelencia Kiamil-Bey, gran maestro de ceremonias;
Cuatro batidores de frente.

El carruaje imperial, con tiro de ocho caballos.

Palafreneros á pié;
El sultan;
Su Alteza Imperial el príncipe heredero;
Su Alteza Imperial Abdul-Ahmed-Effendi;
Su Alteza Imperial Youssouf-Yzzedin-Effendi.

A la portezuela de la derecha.

El edecan del emperador, agregado al servicio del sultan;
El caballerizo del emperador, agregado igualmente;
El capitan de los cien guardias.

A la portezuela de la izquierda.

El oficial de ordenanza, agregado al servicio del sultan;
El oficial de ordenanza, agregado al servicio del príncipe heredero;
Un capitan de lanceros de la guardia;
Un peloton de los cien guardias del emperador;
Un escuadron de lanceros de la guardia en columna por pelotones.

El cortejo siguió las calles del Faubourg-Saint-Honoré y Royale-Saint-Honoré, la plaza de la Concordia y la avenida de los Campos Elíseos. Formaban en la carrera hasta la plaza de la Concordia la guardia imperial y la tropa de línea.

Sus Majestades llegaron á las dos al palacio de la Industria, y fueron recibidos por la comision imperial, teniendo á su cabeza á los ministros vicepresidentes.

Los príncipes y princesas convidados estaban ya en los salones, contiguos al estrado del trono.

La entrada del emperador fué saludada con ardientes aclamaciones.

La orquesta, compuesta de 1,200 músicos, ejecutó el *Himno al emperador*, obra inédita de Rossini.

Sus Majestades tomaron asiento á las dos y cuarto.

El emperador tenia á su derecha: S. M. I. el sultan Abdul-Aziz-Khan, emperador de los otomanos, Su Alteza Real el príncipe de Gales, S. A. R. el príncipe de Orange, S. A. R. el príncipe de Sajonia, S. A. I. el príncipe imperial, S. A. R. la gran duquesa María, Su Alteza Real el duque de Aosto, S. A. R. el duque de Cambridge, S. A. I. la princesa Matilde, el príncipe de Teck.

A la izquierda de S. M. la emperatriz se hallaban: Su Alteza Real el príncipe de Prusia, S. A. R. la princesa de Sajonia, S. A. R. el príncipe Humberto, Su Alteza Imperial Mehemmed-Murad-Effendi, heredero, Su Alteza Imperial la princesa Clotilde, S. A. R. la duquesa de Aosto, Su Alteza Imperial el duque de Leuchtemberg, S. A. el príncipe Napoleon, S. A. el príncipe Hermann de Sajonia, S. A. I. Abdul-Hamid.

Detrás de SS. MM. el emperador y la emperatriz estaban: S. A. I. Youssouf-Izzedin-Effendi, hijo del sultan; Su Alteza Imperial el príncipe Tou-Kougawa, S. A. el príncipe L. Murat, S. A. la princesa L. Murat, S. A. el príncipe J. Murat, S. A. el príncipe Murat, S. A. la princesa J. Murat, S. A. el príncipe Napoleon Cárlos Bonaparte, S. A. la princesa Cárlos Bonaparte, el príncipe A. Murat.

Detrás de los príncipes se hallaban los grandes oficiales de la Corona, el ayudante general de palacio, los edecanes del emperador y los oficiales y damas de servicio de las casas imperiales, los oficiales de la comitiva del sultan, y los oficiales y damas de las casas de los príncipes y princesas extranjeros.

Su Excelencia M. Rouher, vicepresidente de la comision imperial, leyó el informe siguiente:

Señor:

Al principio de esta solemnidad, el deber de la comision instituida bajo la presidencia de honor de S. A. el príncipe imperial, que vemos con tanto gozo cerca del emperador, es trazar á grandes rasgos los esfuerzos que ha hecho para cumplir la mision que le ha sido confiada por V. M., señalar los concursos presurosos y útiles que han facilitado la realizacion de su obra, y finalmente, indicar los principales caracteres y resultados de esta grande exhibicion nacional.

Considerables eran los obstáculos que tenia que vencer la comision imperial. Era preciso transformar el campo de Marte, elevar en él todas esas construcciones que son el adorno del parque, edificar el palacio, vasto monumento que se extiende en una superficie de 15 hectáreas, y luego instalar allí y clasificar los productos expuestos; en fin, habia que prever y satisfacer las necesidades creadas por esta inmensa aglomeracion de cosas y de personas.

El tiempo no era largo para lograr un resultado tal: solo teniamos algunos meses, é intemperies prolongadas debian entorpecer aun la marcha.

Por lo demás, las proporciones de la empresa eran muy superiores á las de las exposiciones precedentes.

La enunciacion de algunas cifras bastará para determinarlas.

La superficie ocupada por el palacio y sus dependencias era en 1854 de quince hectáreas, y de doce hectáreas y media en 1862, en tanto que en 1867 tiene mas de cuarenta hectáreas, de las cuales el palacio cubre mas del tercio.

El número de expositores cuya cifra era de 22,000 en 1855 y de 28,000 en 1862, llega hoy á 60,000.

El peso de los productos expuestos no debe calcularse en menos de 28,000 toneladas. Solo la comunicacion establecida entre el palacio y los ferro-carriles del continente ha podido suministrar el medio de conducir é instalar con la celeridad y el cuidado necesarios, esa enorme cantidad de objetos que en su mayor parte, llegaron en los últimos dias del mes de marzo.

La fuerza motriz instalada para poner en movimiento las máquinas, representa una fuerza de mil caballos-vapor. El servicio hidráulico está establecido sobre la base de una distribucion de agua suficiente para satisfacer las necesidades de una poblacion de cien mil almas.

No obstante los gigantescos trabajos que explican tales necesidades, la obra se halló á punto en el plazo prefijado. Pero ¿el éxito ha coronado la empresa? ¿Esos esfuerzos reunidos han merecido la doble y preciosa recompensa que se proponian, la aprobacion de V. M. y los sufragios de la opinion pública?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Solemne distribucion de las recompensas concedidas á los laureados de la Exposicion universal, el 1º de julio de 1867, en el palacio de la Industria.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Sin hacernos ilusiones podemos decir que hoy está pronunciado el fallo. Todo el mundo ha admirado la concepcion del plan general y las facilidades que ofrece á la comparacion y al estudio. Cada cual aprueba esa ley de unidad que reune en el Campo de Marte las bellas artes, la industria, la agricultura, la horticultura, otras veces diseminadas en locales distintos, y que presenta en el mismo recinto todas las manifestaciones de la actividad humana.

La opinion pública reconoce que el edificio, criticado un instante, es perfectamente adecuado á su destino; comprende que las condiciones necesarias de una clasificacion metódica y clara de las naciones y de los productos, no podian sacrificarse á la idea de un aspecto monumental y que vastas naves habrian perjudicado á los objetos expuestos, en vez de ponerlos de relieve en su verdadera apariencia.

Una nave de altas dimensiones debia reservarse exclusivamente á las máquinas, esos poderosos instrumentos de la industria moderna, que exigen una instalacion proporcionada á su masa, y un espacio en el cual su fuerza y presion pudiesen ejercerse sin confusion, sin obstáculos y sin peligro.

Las atrevidas dimensiones de la galería circular, surcada por una plataforma que aisla y protege al público del contacto de las máquinas, han realizado felizmente este programa, al par que han demostrado la perfeccion que alcanzan nuestras construcciones de hierro y el alto mérito del ingeniero que ha dirigido estas obras.

El favor de los visitantes franceses y extranjeros ha consagrado igualmente el éxito de los talleres del trabajo manual, donde se ve la habilidad del obrero trasformar ingeniosamente la materia y luchar con las máquinas en perfeccion y rapidez; de las galerías de la historia del trabajo, ricas en tesoros sacados de las colecciones públicas y particulares; del parque, con sus *cités* obreras, sus tipos de construcciones de distintos paises tan originales y pintorescos; del jardin reservado, especie de oasis improvisado en medio de áridos terrenos; de las medidas tomadas para aprovechar la feliz proximidad del Sena, que da á estos variados cuadros el marco mismo del rio, animados por las banderas de su flotilla de recreo; finalmente, de la exposicion de Billancourt, donde el agricultor puede ver funcionar los instrumentos que le interesan y seguir la experimentacion de los diversos sistemas de explotacion.

Nos está permitido, sin herir las reglas de la modestia, enumerar con cierta complacencia todos estos elementos de éxito. Los esfuerzos de la comision imperial, la alta experiencia y solicitud del comisario general, el constante celo de sus colaboradores no habrian bastado para superar las dificultades de la empresa. No tenemos en la obra mas que una parte secundaria; su honor principal corresponde á otros, y queremos consignar aquí la expresion de nuestra gratitud respecto de ellos. Las comisiones extranjeras, compuestas de hombres eminentes de todos los paises, han tenido en sus respectivas secciones la latitud mas completa. A ellas pues, corresponde el mérito de todas esas instalaciones originales y elegantes que, por su variedad, tanto han contribuido á la belleza del conjunto.

En la seccion francesa, el trabajo de las admisiones fué preparado por comités especiales, con celo y conciencia.

Una vez pronunciada la admision, era preciso proceder á la recepcion y á la instalacion de los productos. En vez de centralizar en sus manos este delicado trabajo, la comision imperial le confió á sindicados delegados libremente elegidos ó aceptados por los expositores, y que han desempeñado el encargo con un desinterés y una imparcialidad reconocidos por todos.

Empero los verdaderos creadores de todos estos esplendores que admiran á oleadas los visitantes, son los héroes de esta gran solemnidad, los cincuenta mil artistas, industriales y fabricantes y sus millones de obreros, cuyos trabajos constituyen á la vez la riqueza de los pueblos y la historia de la civilizacion.

Era preciso elegir los mas dignos entre todos estos competidores. La mision estaba erizada de obstáculos, y fué confiada á un jurado internacional; vasto é imponente tribunal, compuesto de 600 miembros elegidos entre las notabilidades científicas, industriales, comerciales, artísticas y sociales de todos los paises. Este tribunal ha funcionado sin descanso, y ha sabido elevarse á esas altas y serenas regiones donde toda parcialidad desaparece, donde hasta el espíritu de patriotismo se borra con respeto ante un sentimiento mas noble aun, el de la justicia. Bajo esta generosa inspiracion las cuestiones mas controvertidas de preeminencia entre las diversas industrias ejercidas en naciones rivales, han sido tratadas y resueltas con una alta seguridad de miras.

Gracias á una actividad incansable, las decisiones pedidas al jurado para el 1º de julio están tomadas, y hoy puede proclamarse el resultado ante V. M.

El jurado ha otorgado á los expositores:

64	grandes premios
883	medallas de oro;
3,653	medallas de plata;
6,565	medallas de bronce;
5,801	menciones honoríficas.

No obstante este gran número de recompensas, el jurado ha debido limitar sus elecciones y dejar fuera de toda designacion exhibiciones interesantes, méritos distinguidos, esfuerzos industriales muy dignos de ser fomentados.

El jurado del nuevo órden de recompensas ha llenado no menos dignamente su tarea, complicada de difíciles investigaciones, puesto que se trataba para él, no de examinar productos industriales, sino de analizar y comparar hechos sociales. Se han concedido doce premios, veinte y cuatro menciones honoríficas y cuatro citaciones.

La solemnidad actual encuentra su coronamiento en la proclamacion de recompensas mas altas todavía. Vuestra Majestad se ha dignado acordar á los mas eminentes de los competidores de esta lucha pacífica su órden imperial de la Legion de Honor.

La comision imperial deposita al pié del trono sus mas humildes gracias por tales testimonios de una augusta simpatía.

Permitidme, señor, antes de terminar este informe, emitir algunas apreciaciones sobre el carácter y principales resultados de la Exposicion universal, aunque sin aspirar por esto á medir toda su significacion política ó internacional. Uno de sus títulos á la atencion de los contemporáneos y de la posteridad, es ciertamente su carácter de universalidad. No solo la Europa ha tomado parte en este concurso, sino que el Nuevo Mundo, el Africa y el extremo Oriente han venido á añadir nuevos rasgos á su fisonomía.

Los Estados Unidos de América, apartados en 1862 de las emulaciones pacíficas por una gran guerra, han reclamado en la Exposicion de 1867 el puesto que les señala en el mundo su importancia política y han mantenido su rango notablemente.

Los estados de la América central y meridional, que habian confiado al celo de un sindicato sus intereses colectivos han dado á su exhibicion un brillo excepcional.

El imperio otomano y los Estados musulmanes del Oeste y del Norte de Africa no se han limitado á enviarnos sus productos, sino que nos han iniciado en cierto modo en su civilizacion, trasplantando al Campo de Marte sus monumentos, sus habitaciones y el espectáculo de su vida doméstica. El honor de estas innovaciones corresponde á la intervencion personal de los soberanos de esos Estados, que han querido presidir por sí mismos la organizacion de su Exposicion.

Los paises del extremo Oriente que hasta aquí se habian mostrado fuera de nuestras exhibiciones internacionales, han sido inducidos por el celo de nuestros agentes consulares, nuestros negociantes, misioneros y sabios, á tomar parte en este concurso de los pueblos. El genio de las invenciones ha multiplicado el tiempo y colmado las distancias. Esas grandes é industriosas naciones que se llaman la Persia, la China y el Japon, y sus satélites, se hallan atraidas ya á la órbita de nuestra civilizacion con gran ventaja de la prosperidad y del progreso universal. Esta reunion en un mismo recinto de todos los pueblos, sin mas rivalidad que la del bien, y ostentando á porfía sus productos, sus recursos y sus invenciones, se presenta á la inteligencia atónita y al alma conmovida como el grandioso cuadro de las sucesivas conquistas del trabajo de los siglos y de los incesantes progresos de la perfectibilidad humana.

La organizacion del décimo grupo y la institucion de recompensas especiales han tenido por objeto la solemne manifestacion de esas mejoras morales que son á la vez el deber y la honra de la humanidad.

El décimo grupo comprende los objetos que interesan particularmente á la condicion física, material y moral de las poblaciones. Sigue al trabajador en las diversas fases de su existencia: escuelas de niños, de adultos, objetos baratos de uso doméstico, habitaciones, trajes, productos, instrumentos y procedimientos de trabajo. Este plan, que se ha llenado con toda conciencia, pone por primera vez en completa luz esos elementos modestos pero poderosos de progreso social, casi descuidado en el sistema de las precedentes exposiciones.

La creacion del nuevo órden de recompensas ha tenido por objeto señalar los servicios hechos por las personas, los establecimientos, las comarcas que, por una organizacion ó instituciones especiales, han puesto las bases y asegurado el desarrollo de la buena armonia entre los que cooperan á los mismos trabajos.

Esta creacion ha dado márgen á una vasta y minuciosa informacion proseguida durante seis meses por el jurado en los principales paises que han tomado parte en este concurso, y sobre todos los hechos que interesan al problema cuya equitativa solucion importa á la estabilidad de las sociedades modernas. Nuestro trabajo no será estéril. Habrá imitadores. Abrirá nuevos horizontes á las exploraciones de los buenos espíritus y de los corazones generosos. Será la honra de la Exposicion universal de 1867 el haber abierto la via á esas altas investigaciones internacionales.

Así la Exposicion universal revela procedimientos industriales nuevos é iniciativas que, sin ella, habrian podido quedar impotentes ó ignoradas; da una ostensible consagracion á esos principios de libertad comercial atrevidamente inaugurados en Francia por V. M., multiplica entre los pueblos las relaciones económicas y marca para una fecha próxima la fecunda solucion del problema de la unificacion de pesos, medidas y monedas.

La Exposicion internacional produce frutos mas preciosos todavía: disipa preocupaciones inveteradas, destruye odios seculares y hace nacer sentimientos de estimacion recíproca. Los pueblos, atraidos por ese espectáculo extraordinario en esta capital espléndida, buscan vanamente las señales de las pasadas revoluciones y encuentran por do quiera la grandeza y la prosperidad que producen la seguridad del presente y la confianza en el porvenir. Los príncipes y soberanos, atraidos tambien por una noble hospitalidad, vienen sucesivamente á cambiar en este templo de la civilizacion esas palabras amigas que abren á todas las actividades humanas serenos horizontes y afianzan la paz del mundo.

Bajo todos estos conceptos, señor, la Exposicion universal de 1867 suministrará una brillante página á la historia del reinado de V. M. y de las grandezas del siglo XIX.

Despues de la lectura de este Informe, pronunció Su Majestad el emperador el discurso siguiente:

« Señores:

» Al cabo de un intervalo de doce años, vengo por segunda vez á distribuir las recompensas á los que mas se han distinguido en estas obras que enriquecen á las naciones, embellecen la vida y suavizan las costumbres.

» Los poetas de la antigüedad celebraban con brillo los juegos solemnes en que los diferentes pueblos de la Grecia se disputaban el premio de la carrera. ¿Qué dirian hoy si asistieran á estos juegos olímpicos del mundo entero, en donde los pueblos todos, luchando con la inteligencia, parecen lanzarse á la vez en la carrera infinita del progreso hácia un ideal al que nos acercamos sin cesar, y sin poder alcanzarle nunca?

» De todos los puntos de la tierra, los representantes de la ciencia, las artes y la industria han acudido á porfía, y puede decirse que pueblos y reyes han venido á honrar los esfuerzos del trabajo y á coronarlos con su presencia, con una idea de conciliacion y de paz.

» Efectivamente, en estas reuniones que parece no tener mas objetos que los intereses materiales, descuella siempre un pensamiento moral que se desprende del concurso de las inteligencias, pensamiento de concordia y de civilizacion. Las naciones, al ponerse en contacto, aprenden á conocerse y á estimarse; los odios se apagan y se acredita mas y mas la verdad de que la prosperidad de cada pais contribuye á la prosperidad de todos.

» A justo título puede llamarse *universal* la Exposicion de 1867, pues reune los elementos de todas las riquezas del globo: al lado de los últimos perfeccionamientos del arte moderno aparecen los productos de las edades mas remotas, de modo que representa á la vez el genio de todos los siglos y de todas las naciones. Es universal, pues al lado de las maravillas que produce el lujo para unos pocos, se ha acordado de lo que reclaman las necesidades del mayor número. Nunca han despertado mas viva solicitud los intereses de las clases laboriosas.

» Sus necesidades morales y materiales, la educacion, las condiciones de la existencia barata, las mas fecundas combinaciones de la asociacion, han sido objeto de pacientes investigaciones y serios estudios. Así es que todas las mejoras marchan de frente.

» Si la ciencia al dominar la materia hace libre el trabajo, la cultura del alma, al vencer los vicios, las preocupaciones y pasiones vulgares, hace libre á la humanidad.

» Felicitémonos, señores, por haber recibido entre nosotros á la mayor parte de los soberanos y de los príncipes de Europa, y á tantos visitantes presurosos. Felicitémonos tambien por haberles mostrado la Francia tal como es, grande, próspera y libre. Preciso es estar privado de toda fe patriótica para dudar de su grandeza, preciso es cerrar los ojos á la evidencia para negar su prosperidad y desconocer sus instituciones, que á veces toleran hasta la licencia, para no ver ellas la libertad.

» Los extranjeros han podido apreciar esta Erancia antes tan inquieta y rechazando sus inquietudes mas allá de sus fronteras, hoy tan laboriosa y tranquila, siempre fecunda en ideas generosas, apropiando su genio á las maravillas mas variadas y no dejándose enervar jamás por los goces materiales.

» Los espíritus atentos habrán adivinado sin trabajo que, no obstante el desarrollo de la riqueza, no obstante la inclinacion al bienestar, la fibra nacional vibra aquí siempre cuando se trata de honor y de patria; pero esta noble susceptibilidad no podria ser un motivo de temor para el reposo del mundo.

» Que los que han vivido por algunos instantes entre nosotros se vuelvan con una justa opinion de nuestro pais; que estén persuadidos de los sentimientos de estimacion y simpatía que mantenemos respecto de las naciones extranjeras y de nuestro sincero deseo de vivir en paz con ellas.

» Doy gracias á la comision imperial, á los miembros del jurado y á los diferentes comités por el inteligente celo que han desplegado en el cumplimiento de su mision. Tambien les doy las gracias en nombre del príncipe imperial que me complazco en asociar, no obstante su tierna edad, á esta grande empresa cuyo recuerdo no se borrará de su memoria.

» Me prometo que la Exposicion de 1867 marcará una nueva era de armonía y de progreso. Seguro de que la Providencia bendice los esfuerzos de los que, como nosotros, quieren el bien, creo en el triunfo definitivo de los grandes principios de moral y de justicia que, satisfaciendo todas las aspiraciones legítimas, pueden solo consolidar los tronos, elevar los pueblos y ennoblecer la humanidad. »

Toda la asistencia se habia levantado para oir las palabras del emperador, muchas veces interrumpidas por los mas vivos aplausos.

Por órden del emperador, S. E. M. de Forcade, ministro de Agricultura, Comercio y Obras públicas, vicepresidente de la comision imperial pasó la lista de las recompensas.

A la llamada de los expositores que habian obtenido grandes premios, sucedia por grupos la de los exposito-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

res promovidos á grados superiores en la Legion de Honor, y despues la de la proclamacion de los nombres de expositores nombrados caballeros. Los grupos conducidos por presidentes y vicepresidentes del jurado de grupo, iban llegando al pié del trono. Los expositores que habian obtenido los grandes premios y los que eran promovidos á los grados de oficial y comendador, subian á recibir de manos del emperador sus recompensas ó sus cruces, que eran presentadas á S. M. por Su Excelencia el mariscal Vaillant, vicepresidente de la comision imperial. El emperador entregaba al presidente del grupo los diplomas de las recompensas. La distribucion concluyó con la de las recompensas del nuevo órden.

Cada grupo de recompensados volvia despues, dando la vuelta á la nave, á ocupar su puesto cerca de su trofeo.

Un incidente interesante conmovió vivamente á la asamblea; la llamada del premio concedido por el jurado internacional al emperador, por los trabajos concernientes á las habitaciones obreras, y por sus granjas modelo, iba á quedar sin consagracion efectiva, cuando por una feliz inspiracion, suplicaron al príncipe imperial que entregara el premio á S. M.

Terminada la distribucion, el emperador, la emperatriz y el sultan, acompañados de los príncipes, dieron la vuelta á la nave pasando al frente de las secciones de todos los paises. En cada seccion, los miembros de las comisiones extranjeras, designados por M. Le Play, consejero de Estado, comisario general de la Exposicion, eran presentados á SS. MM. por el ministro de Estado. Durante el trayecto del cortejo imperial, los aires nacionales ejecutados por la orquesta se mezclaban con las aclamaciones de los representantes de los diferentes paises.

La ceremonia se concluyó á las tres y cuarenta minutos. A la salida, el cortejo del sultan precedió al cortejo imperial.

Antes de dejar el palacio de la Industria, el emperador tuvo á bien encargar á S. E. el ministro de Estado, que manifestase su satisfaccion á la comision imperial.

(*Moniteur.*)

Memorias de un prisionero.

(Continuacion.)

Andaba delante de ellos un oficial de marina con la espada desnuda en la mano: algunos instantes despues volvieron; uno de aquellos hombres me tocó la espalda, y pronunció algunas palabras que no entendí, pero acompañándolas con un gesto que no podia desconocer, y que me intimaba la órden formal de seguirle.

Todo estaba perdido sin remedio; ya me sentia faltar el valor.

Uno de ellos, viendo que titubeaba en levantarme, me cogió por el cuello de la camisa y me arrastró.

Indignado de esta violencia, y sin atender á los resultados de este acto de desesperacion, descargué sobre el agresor y sobre sus compañeros, con una estaca de que iba armado, algunos golpes tan acertados, que los ví caer á mis piés; pero al instante otro garrotazo hizo volar mi arma á algunos pasos, descargando otro sobre mi cabeza que me volcó.

Ví que era vana toda resistencia, y dejándome levantar por aquellos hombres, les seguia en medio de los horrorosos *goddam* que, marchando al rededor mio, prodigaban con todas las variaciones inglesas.

No sabia aun lo que iban á hacer de mí; las caras de los que me acompañaban eran horribles; su modo de tratarme bárbaro; el oficial que los capitaneaba no tenia mejor traza que sus subordinados.

En medio de sus juramentos y amenazas, ni tan siquiera despegué los labios, y aburrido el oficial con mi silencio, levantó muchas veces la espada sobre mi cabeza, pero sin herirme.

Atravesamos varias calles, y al fin llegamos á una pequeña posada, donde me hicieron entrar: el oficial nos dejó; uno de aquellos hombres me acompañó solo, y me encontré cara á cara con él en un hermoso aposento, que tuvo la precaucion de cerrar.

Extrañé que en vez de llevarme á la cárcel se me condujese á una posada.

El marinero encargado de mi custodia se sentó junto al fuego, pero siempre enfrente de mí.

Atribuyó sin duda mi silencio al abatimiento y desesperacion, y me repetia con frecuencia estas palabras, que comprendia por haberlas oido á bordo del buque que me habia desembarcado en Inglaterra: *Cheer up my lad, cheer up my hearty!* (¡Valor, muchacho, valor!)

Yo nada respondia: con la cabeza apoyada en un brazo, y el brazo apoyado sobre la mesa, estaba midiendo la extension de mi desgracia.

Mi carcelero, que se habia mandado traer grog y una pipa, contemplaba al taciturno prisionero con un aire de menosprecio; de cuando en cuando, despues de haber tosido, murmuraba alguna cosa entre dientes despues de haber tosido, soltando un *damn* de los mas fuertes, y quedaba otra vez en silencio.

Durante esta conversacion ó este monólogo, me entregué á las mas profundas reflexiones; veia en mi imaginacion abrirse las puertas de aquel calabozo, una muerte ignominiosa ó una vida mil veces mas desastrada, y apagarse para siempre toda esperanza de renacer al mundo y á la felicidad.

Maldecia á Linn, su policía, y aun mas la indiscrecion que me habia precipitado en aquel peligro.

Tan cerca del término, tan próximo al lugar de mi libertad, ¡perder el fruto de todos mis afanes! ¡perderle por mi propia culpa! Estas reflexiones me llenaban de desesperacion.

Una sola ojeada que dí á mi guarda bastó para quitarme la esperanza y la idea de cohecharle é interesarle en favor mio.

Aquella frente bronceada, aquellas miradas duras y amenazadoras, aquella boca cerrada y desdeñosa, harto indicaban que era inaccesible á la compasion.

La mesa en que estaba apoyado era muy grande y de aquellas de dos hojas que caen hasta el suelo.

En la ventana, que no estaba cerrada y que daba á la calle, habia una persiana de resorte.

La idea de escaparme no me habia abandonado nunca, y pensé que si podia acercarme á la ventana, me quedaba aun alguna vislumbre de salvacion.

Esta frívola esperanza me reanimaba, y estaba aguardando el momento en que se durmiese mi compañero, cuando oimos gran ruido en la pieza inmediata; era una riña violenta entre otros huéspedes.

Llamaron varias veces por su nombre á mi guarda; y levantándose, despues de haber observado todo el cuarto y de haber pronunciado no sé qué palabras, cogió su baston, salió y cerró por fuera la puerta.

Habia llegado el momento de probar fortuna; adelantéme á la ventana, y despues de levantada la persiana, me disponia para salir, cuando mi hombre corre el cerrojo y entra otra vez.

Temiendo que su brutalidad me matara á golpes á la vista de la persiana abierta, me refugié debajo de la mesa cuyas dos hojas me ocultaban completamente.

Al momento que advirtió mi desaparicion, salta por la ventana echando mil pestes, y corre por la calle á mi alcance.

Sorprendido y maravillado de aquella feliz coyuntura, salgo de mi escondrijo y le sigo largo rato con la vista, pero luego me salvo á todo correr en direccion opuesta.

Iba yo corriendo siempre, sin saber á dónde; esperaba hallar al fin las puertas de la ciudad y refugiarme en mi ordinario asilo, cuando al revolver de una calle, ví toda la cuadrilla entera de mis perseguidores, que reunida en mi persecucion, corria echando los mas terribles aullidos.

Me reconocen y se precipitan sobre mí; yo vuelvo una calle, y viendo entreabierta la puerta de una casa, allá me cuelo sin que nadie me vea, cierro la puerta con mucho tino, y temblando, sin aliento y sin moverme, me quedé aguardando mi suerte.

Pocos segundos despues sus feroces gritos llegaron á mis oidos, pasaron por delante de la puerta, sin adivinar mi escondrijo, é ignoro lo que hicieron despues; pero á la verdad si hubiese caido en sus manos despues de tanta agitacion y fatiga, creo que mi cadáver hubiera sido su única presa.

El terror, el cansancio, la angustia de la desesperacion me hicieron caer casi exánime en el umbral de la puerta.

En el cuarto que entré, habia una mujer de edad, vestida de negro, sentada á la lumbre y jugando con un gato que tenia sobre sus rodillas.

A primera vista manifestó mucha sorpresa y alargó la mano hácia el cordon de una campanilla como para pedir socorro; pero luego adivinando sin duda mi situacion, mayormente cuando oyó los gritos de mis perseguidores, me hizo señal de que callase, poniéndose el índice en los labios y diciéndome muy quedito:

— *¡Hush! ¡hush!* (¡Silencio! ¡silencio!) palabras que repitió dos ó tres veces seguidas.

Cuando no se oyó por la calle el ruido de la cuadrilla, esta mujer se me acercó, me dijo algunas palabras, con una voz tan suave y conmovida que penetraron hasta mi corazon.

Los acentos de la compasion, la natural elocuencia de una benévola generosidad se hacen comprender en todos los idiomas.

Fácilmente entendí aquel lenguaje, y mis miradas le manifestaron mi reconocimiento: luego me hizo sentar, y la volubilidad de su discurso compensó el obstinado silencio que yo guardaba.

Con el dedo me indicaba el rumbo que habian seguido mis perseguidores, y repetia con tono de ira, indignacion y sentimiento:

— *¡Press-gang! ¡press-gang!*

No sabia yo qué responder á estas palabras que no comprendia, y me contentaba con repetir, *press-gang, señora, press-gang.*

En seguida supe que los que me habian tratado tan bárbaramente no eran agentes de policía, sino marineros encargados de prender, esto es, de reclutar por fuerza, para el servicio de la marina inglesa, á todos los hombres que se encontrasen por las calles desde las diez de la noche en adelante.

Estaba aniquilado, como ya tengo dicho, por la variedad de los sufrimientos que me habian abrumado en pocas horas.

La generosa mujer que acababa de tomarme bajo su amparo lo advirtió al momento y me sirvió un vaso de aguardiente; pero antes de poderlo recibir de su mano, una nube oscureció mi vista, creí que el cuarto daba vueltas, y sintiéndome desvanecer, no tuve mas tiempo que para quitarme la gorra y enseñar mi cabeza herida.

Ignoro cuánto tiempo permanecí en aquel estado; pero cuando volví en mí tenia la cabeza apoyada sobre una almohada que me habia puesto sobre la mesa, y la buena mujer estaba ocupada en fomentar la contusion con un licor espirituoso y que despedia los mas suaves perfumes.

Cuando me vió abrir los ojos me dió aguardiente, y apenas tenia fuerza para arrimarlo á mis labios, hasta tal punto me habia abrumado la fatiga y el quebranto.

Despues de haber bebido, me sentí aliviado y levanté la cabeza exhalando un profundo suspiro.

Pareció que se alegraba mi amiga de verme mejor, pero no tuve aun fuerza para sostenerme por mucho tiempo; mi cabeza volvió á caer sobre la almohada; la dueña de la casa, tan prudente como cariñosa, me hizo señal de que callase: obedecí, y á pocos minutos me quedé dormido.

No desperté hasta la mañana siguiente, y durante algunos minutos mis ideas estaban tan revueltas que ni sabia dónde estaba ni lo que me habia sucedido; luego recobré la memoria y con ella mis esperanzas y temores.

Padecia mucho á causa de la herida, y la calentura me devoraba.

Mi ángel custodio (así llamaré siempre á aquella buena mujer, que con una generosidad tan desinteresada y sincera me recibió y amparó) no me perdió ni un solo instante de vista. Pasó la noche velándome, leyendo una *Biblia* puesta sobre una mesa que habia á su lado.

A la mañana siguiente no manifestó el menor cansancio; al contrario, se ocupó ya desde las ocho en preparar el almuerzo que se componia de pan, manteca y un té excelente.

Estas pruebas redobladas de compasion y bondad de parte de una extranjera, y en tan crítico momento de la vida, me conmovieron hasta el punto de hacerme prorumpir en llanto; la buena mujer enternecida enjugó mas de una vez sus ojos con la punta de su negro delantal.

Parecia que estaba pasmada de mi silencio, y creí prudente descubrirle quién era.

Despues de haber vacilado mucho entre la esperanza y el temor, resolví entregarme enteramente á su corazon, y no me arrepentí.

— ¡Un extrajero, señora! le dije en mal inglés mezclado de francés; ¡ah señora, tened piedad de mí!

Desde la primera sílaba habia adivinado que yo no era inglés.

Me tuvo por un marinero que pertenecia á algunos de los buques anclados en el puerto.

Pero cuando le expliqué que era *un pobre frenchman, un prisionero francés*, su fisonomía cambió al momento; retiróse involuntariamente como si la antipatía nacional hubiese prevalecido en el corazon de aquella excelente mujer sobre las inspiraciones de su bondad natural.

Pero no fué mas que una impresion momentánea; al punto sus generosos y tiernos sentimientos adquirieron su primera superioridad.

Saqué el diccionario inglés de mi faltriquera, y por medio de señas y palabras medio inglesas, probé de hacerle comprender mi situacion, mis angustias y esperanzas.

Al propio tiempo vacié mis bolsillos sobre la mesa, y echándome á los piés de mi protectora, le supliqué que no me hiciese traicion.

Entonces me dijo en un tono muy conmovido y derramando abundantes lágrimas, que uno de sus nietos, consuelo de su vejez y único resto de su numerosa familia, se hallaba prisionero en Verdun, en Francia.

— ¡Haceros traicion! añadió muy conmovida; ¡Dios me libre! Me dijo que el único favor que me pedia era que si llegaba á escaparme, auxiliase á su nieto y que le ayudase á salir de la prision.

En cuanto al dinero lo rehusó obstinadamente, y no pude hacérselo aceptar.

Al fin nos entendimos, y me sentia aliviado de un peso enorme.

Mi buena patrona me destinó un gabinetillo donde nadie podia descubrirme.

Mientras estuve oculto en aquel asilo, me prodigó todos los cuidados de la mas tierna madre.

No sané hasta mucho tiempo despues del golpe que habia recibido en la cabeza; y gradualmente fuí recobrando las fuerzas. Al cabo de ocho dias, me hallé notablemente mejorado.

Tenia constantemente cerrada la puerta, y cuando iban á visitar á mi patrona, procuraba ella despachar pronto á los importunos, y se condujo con tanta prudencia, que ni sus mas íntimos amigos, ni aun sus vecinos concibieron la menor sospecha de lo que pasaba en su casa.

Nuestras conversaciones eran bastante agradables: hácia las seis de la tarde, cuando habia entornado los postigos y cerrado con llave la puerta, traia su labor á mi gabinete y preparaba allí el té y las tortas, especie de merienda que usan los ingleses.

Cuando no comprendia lo que me decia, la rogaba que me lo escribiese, y con el diccionario en la mano buscaba las palabras.

Muy á menudo veia correr por las megillas de mi amiga abundantes lágrimas, mayormente al referirle yo lo que habia padecido en mi fuga.

La prudencia y la amistad, sin embargo, no me permiten descubrir el nombre de aquella persona á quien soy deudor de tantos desvelos.

(*Se continuará.*)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La estatua

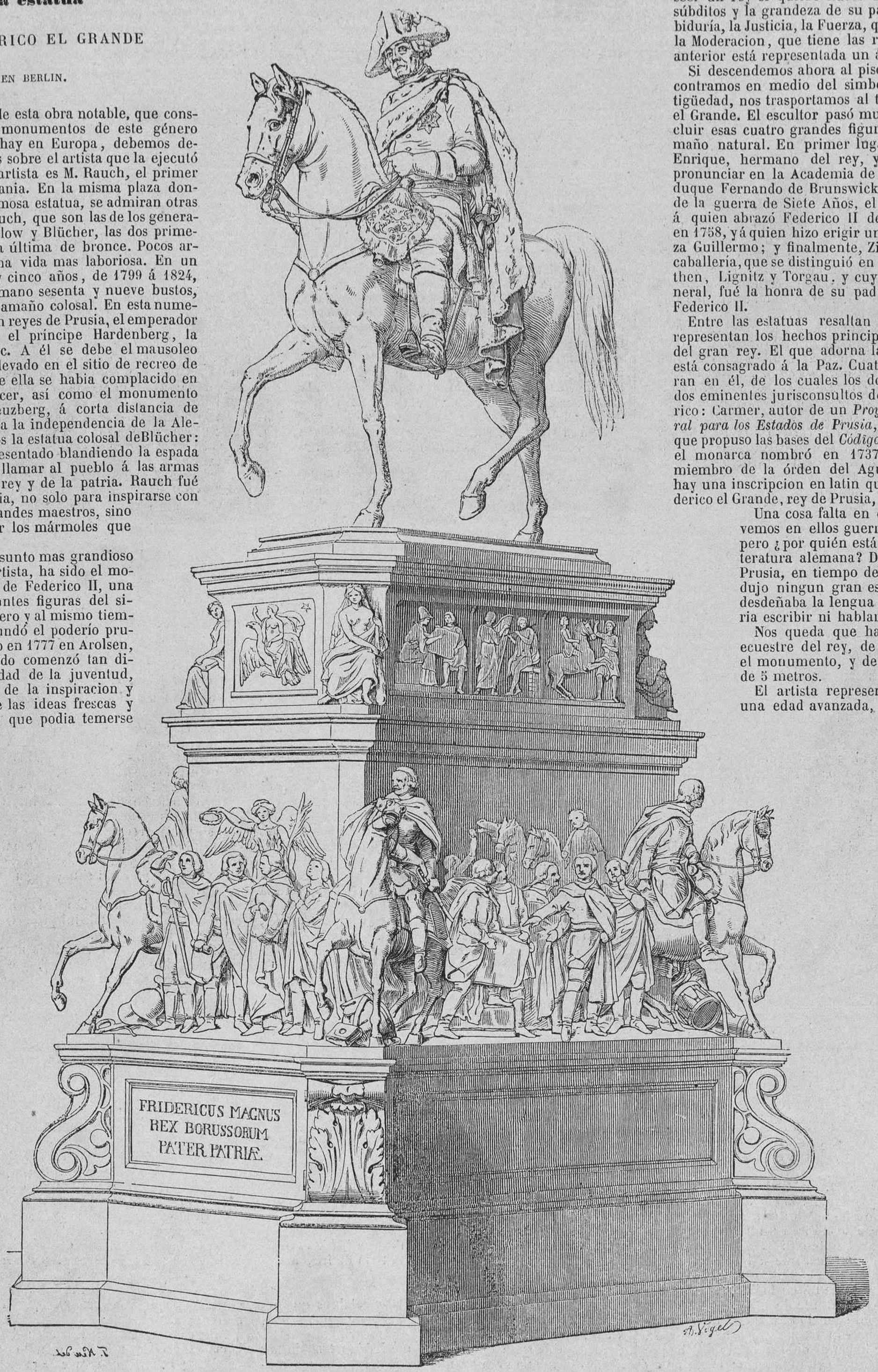
DE FEDERICO EL GRANDE

EN BERLIN.

Antes de hablar de esta obra notable, que constituye uno de los monumentos de este género mas preciosos que hay en Europa, debemos decir algunas palabras sobre el artista que la ejecutó hace ya años. Este artista es M. Rauch, el primer escultor de la Alemania. En la misma plaza donde se levanta esta famosa estatua, se admiran otras tres obras de M. Rauch, que son las de los generales Scharnhorst, Bulow y Blücher, las dos primeras de mármol, y la última de bronce. Pocos artistas han tenido una vida mas laboriosa. En un espacio de veinte y cinco años, de 1799 á 1824, hizo por su propia mano sesenta y nueve bustos, algunos de ellos de tamaño colosal. En esta numerosa série se cuentan reyes de Prusia, el emperador Alejandro, Gœthe, el príncipe Hardenberg, la princesa Carlota, etc. A él se debe el mausoleo de la reina Luisa, elevado en el sitio de recreo de Charlottenburgo que ella se habia complacido en adornar y embellecer, así como el monumento nacional en el Kreuzberg, á corta distancia de Berlin, que recuerda la independencia de la Alemania. No olvidemos la estatua colosal deBlücher: el general está representado blandiendo la espada desnuda, y parece llamar al pueblo á las armas para la defensa del rey y de la patria. Rauch fué muchas veces á Italia, no solo para inspirarse con las obras de los grandes maestros, sino tambien para elegir los mármoles que necesitaba.

Sin embargo, el asunto mas grandioso que ha tratado el artista, ha sido el monumento en honor de Federico II, una de las mas importantes figuras del siglo XVIII, rey guerrero y al mismo tiempo legislador que fundó el poderío prusiano. Rauch, nacido en 1777 en Arolsen, no estaba ya cuando comenzó tan difícil obra, en la edad de la juventud, esto es, en la edad de la inspiracion y del entusiasmo, de las ideas frescas y originales, de modo que podia temerse que esta composicion no fuese inferior á las demás; pero justamente su grandeza y su importancia le inspiraron nuevas fuerzas y una juventud nueva.

Antes de emprender la obra, el célebre escultor dibujó diversos planos mas ó menos complicados. El rey Federico Guillermo III los examinó, y amigo de la sencillez y de la economía, eligió aquel que debia tener menos costo. Mas Guillermo IV no fué del mismo parecer que su predecesor; comprendió que para un monumento de esta clase no se debia reparar en gastos, y dió toda libertad al artista para que se decidiera á su antojo. Animado con la munificencia del monarca, que habia prometido no retroceder ante ningun sacrificio, y despues de haber consultado á varios artistas y amigos, Rauch eligió el soberbio monumento que se ve diseñado en esta página.



Estatua de Federico II en Berlin.

El monumento se levantó en la mejor plaza de Berlin, la de la Opera, donde se hallan reunidos los edificios del arsenal, de la universidad, la biblioteca, la ópera, el palacio del príncipe, la academia de canto, etc., de espalda al famoso paseo *Unter den Linden* (Bajo los Tilos), que conduce á Charlottenburgo por la puerta de Brandeburgo, en tanto que da frente á la plaza del Castillo y al *Lange Brücke*, puente adornado con una magnífica estatua de Schlüter, que representa al gran elector Federico Guillermo. Tiene 14 metros de altura, y como se ve en nuestro dibujo, la estatua descansa en un inmenso pedestal dividido en dos partes.

Federico Guillermo III quiso suprimir las estatuas accesorias y simplificar el pedestal, desmembrando de esta manera lo que constituye la grandeza y la originalidad de la obra de Rauch.

Hablando ante todo de la parte superior de este pedestal, además de sus bajo-relieves que representan las artes, se ven en sus cuatro esquinas otras tantas figuras sentadas que simbolizan las virtudes que debe poseer un rey si quiere hacer la felicidad de sus súbditos y la grandeza de su pais, á saber: la Sabiduría, la Justicia, la Fuerza, que tiene una maza, la Moderacion, que tiene las riendas. En la cara anterior está representada un águila.

Si descendemos ahora al piso inferior, nos encontramos en medio del simbolismo y de la antigüedad, nos trasportamos al tiempo de Federico el Grande. El escultor pasó muchos años en concluir esas cuatro grandes figuras ecuestres de tamaño natural. En primer lugar está el príncipe Enrique, hermano del rey, y cuyo elogio hizo pronunciar en la Academia de Berlin, y luego, el duque Fernando de Brunswick, uno de los héroes de la guerra de Siete Años, el baron de Zeydlitz, á quien abrazó Federico II despues de Zorndorf en 1758, y á quien hizo erigir una estatua en la plaza Guillermo; y finalmente, Ziethen, general de caballería, que se distinguió en las batallas de Leuthen, Lignitz y Torgau, y cuyo hijo, tambien general, fué la honra de su padre y de su padrino Federico II.

Entre las estatuas resaltan bajo-relieves que representan los hechos principales de la carrera del gran rey. El que adorna la parte de delante está consagrado á la Paz. Cuatro personajes figuran en él, de los cuales los dos de en medio son dos eminentes jurisconsultos del tiempo de Federico: Carmer, autor de un *Proyecto de código general para los Estados de Prusia*, y Samuel Cocceji, que propuso las bases del *Código Federico*, y á quien el monarca nombró en 1737 gran canciller y miembro de la órden del Aguila Negra. Debajo hay una inscripcion en latin que dice así: «A Federico el Grande, rey de Prusia, padre de la patria.»

Una cosa falta en estos bajo-relieves; vemos en ellos guerreros y legisladores, pero ¿por quién está representada la literatura alemana? Desgraciadamente la Prusia, en tiempo de Federico, no produjo ningun gran escritor, pues el rey desdeñaba la lengua alemana, y no queria escribir ni hablar sino en francés.

Nos queda que hablar de la estatua ecuestre del rey, de bronce como todo el monumento, y de una altura de mas de 5 metros.

El artista representó al monarca en una edad avanzada, cuando Federico II renunció á la guerra, y no quiso pensar en mas que en disfrutar de las dulzuras de la paz y en administrar bien su reino. Su semblante expresa la calma y la bondad, pero al mismo tiempo tambien la tenacidad y la energía; se adivina el hombre que jamás se dejó abatir por la fortuna. Tiene abiertos los ojos cuan grandes eran, los labios apretados, y formando en su extremidad pliegues desdeñosos. Inclina el cuerpo con indolencia, y no obstante sus años, se mantiene firme aun sobre su silla.

Las diferentes partes de su traje, así como sus armas, han sido copiadas de las armas y los vestidos del gran rey, que se conservan en Berlin.

El uniforme militar que se usaba en tiempo de Federico, con el cabello rizado, empolvado y la coleta, no era muy pintoresco; pero Rauch ha sabido salvar este inconveniente con un manto de armiño prendido sobre los hombros del monarca, y que cae sobre las ancas de su caballo. Ese es el Federico II tal como vive en la memoria del pueblo.

Por último, en cuanto al caballo que monta el rey, su aspecto es orgulloso, y no debe extrañar que sea un poco grande, pues es una verdad histórica: Federico no montó jamás mas que caballos muy altos.

G. D.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Las diversiones del verano : un dia en Dieppe. — Caricaturas por Stop.

Salida del tren de recreo.

La llegada á las tres de la mañana.

Zambullida general.

¿A cuántos grados estará el agua?

— ¿Qué es eso, amigo mio? ¿Te bañas con botas?
— Puede haber tiburones.

Anatolio, no quiero permitir que te bañes;
te pueden llevar las olas.

— La marea va subiendo.
— Pues no tardaré yo en escaparme.

La tormenta. — Se necesitan 1,900 paraguas.

— ¡Y nada que llevar á la boca!
— Asemos el perro.

Regreso de la expedicion á Dieppe.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las expediciones veraniegas. — Sobre las telas mas en boga en la estacion actual. — La rehabilitacion de los volantes. — De las confecciones. — Modelos y adornos de confecciones á la órden del dia. — Los trajes de viaje. — Los trajes de vestir de tafetan de color claro. — Los trajes de baile. — Distintos modelos de vestidos juveniles á cual mas elegantes. — Los sombreros del dia: sus dimensiones y adornos. — Descripcion del figurin de este número, que representa dos trajes á la última moda.

Al fin la gente se decide á emprender los viajes á los establecimientos termales y á los puertos de mar, suspendidos este año por causa de las fiestas parisienses, y con este motivo las modistas se despachan á dar á luz sus creaciones de verano.

Las telas mas en boga se componen de menudos *brochés* diseminados sobre las sederías.

Tambien se ven bonitos tafetanes glaseados y jaspeados, y otros con rayas. Recomendamos particularmente los fulares sembrados de delicadas florecillas y de menudos follajes.

En cuanto á telas de fantasía, tenemos siempre el mohair, el linó, el pelo de cabra y la sultana: con estas telas se hacen preciosos vestidos de campo ó de baños de mar.

En el verano, el raso apenas se emplea mas que como adorno, y sobre todo como adorno de vestido de gasa de Chambery y aun de tul.

En algunas casas famosas se habla de volver á poner en moda los volantes; pero nada se ha decidido sobre este punto á la hora en que trazamos estas líneas. Por ahora lo único que está adoptado definitivamente son los volantes de encaje, en los vestidos de ceremonia de verano.

Las confecciones que llaman paletó llevan perlas y encajes.

Hemos visto un precioso modelo recortado á puntas todo al rededor. A cada punta llevaba colgajos de perlas, y entre las puntas habia una coca de Chantilly. Para no cortar el encaje se pasa luego bajo las puntas.

Mangas japonesas, prendidas con azabache por arriba, y bordadas de azabache en el borde, con colgajos en las puntas.

Al borde de esta manga, y casi puesto llano, habia un encaje de Chantilly formando hácia la punta una ancha coca que cae por debajo como unos 5 centímetros.

Muchas confecciones se guarnecen tambien con collares de perlas fijos á la tela.

Estos modelos de puro capricho son encantadores, sobre todo para las jóvenes.

Las guarniciones de azabache de estilo griego, son las mas en boga.

Hablemos de los vestidos.

Los de viaje abundan, como ya hemos dicho, y se hacen todos ellos á doble falda, guarnecida de sesgos, rulós y adornos diversos, y les acompaña un paletó de cortas dimensiones.

Estos trajes de viaje se hacen de alpaga y de mohair, viéndose tambien algunos de pelo de cabra y de fular.

Entre estos adornos se admiten los bordados de distintos matices. Los sesgos clavados se muestran á menudo en los vestidos de alpaga, puestos sobre cada paño y en toda la altura de la falda.

Citaremos entre otros modelos un traje de fular que rebosa juventud y gracia.

El fular es blanco con florecillas menudas de color de rosa sobre un viso de tafetan blanco, ribeteado con una nube ligera de tafetan blanco y rosa.

El cuerpo, escotado, va de una pieza con la primera falda, que es mas corta, y está abierta en cada paño, con una parte vuelta y sujeta con un lacito de cinta blanco y rosado.

Este cuerpo está adornado con una pequeña berta, cuyos contornos van guarnecidos con una ruche recortada de tafetan blanco y rosado.

Tambien se hacen muchos trajes de vestir, de tafetan de colores claros. Hemos visto uno de doble falda azul, guarnecida de este modo: la primera va adornada con muchos volantes, y la otra, que queda mas corta, no lleva sino unos sesgos separados por un bordado al plumetis.

El cuerpo escotado, y de forma cuadrada, ofrece el mismo estilo y le acompaña un fichu María Antonieta, guarnecido de volantes menudos. Este fichu, anudado por detrás, tiene dos puntas largas.

Citaremos igualmente un vestido de tafetan de color *Bismark claro*, con una falda rayada trasversalmente de pequeños rulós de raso semejante orlado de sesgos. Esta disposicion se detiene á cada lado para dejar ver un rico delantal de guipure, adornado en su derredor con lazos de cinta.

El cuerpo se cierra con botones de guipure. Las mangas se abotonan á lo largo de la costura exterior con los mismos botones. En lo alto de las mangas hay un adorno formado de rulós menudos. En cada hombro hay un lazo.

Otro vestido es negro, de faye, y lleva una larguísima cola, adornada con una cadena de anillos de paja labrada formando manto. A cada lado, y en lo alto de la falda, hay dos puntas orladas de guipure, que se juntan por detrás por medio de grandes ornatos de paja con franja.

El cuerpo se cierra con botones de un género nuevo paja y seda.

El paletó que completa este traje es del mismo estilo.

Los vestidos de baile compuestos últimamente eran de tul blanco, con grandes *écharpes*, y dejando á descubierto por abajo volantes de encaje. Las guirnaldas, los ramos de flores y los lazos servian de adorno, tanto á la falda como al cuerpo.

Nada mas lindo que los trajes que se hacen para las jóvenes.

Hé aquí varios modelos de los mas elegantes.

El primero es de linó blanco de perla y tafetan azul, de dos faldas. La de linó, que va debajo, lleva rulós de seda azul al borde, puestos de una manera oblícua, y terminados por un lacito de terciopelo negro.

La falda de encima es de seda azul. Abierta por delante, va inclinada atrás y se levanta despues formando un ancho lazo. No lleva guarniciones. Los vacíos formados por la abertura están adornados con un bonito delantal de guipure negro y blanco. La parte que toca á la cintura es muy angosta, y la otra se ensancha hácia abajo.

Los tirantes que adornan el cuerpo están formados por un entredos de guipure que pasa por una manga corta de seda azul. El cuerpo escotado, va adornado con un plastron formado de pequeños rizados de cinta azul.

Otro traje, tambien de doble falda, es de tela de fantasía con rayas blancas y verdes, y no tiene ningun ornato. La falda *fourreau*, que es la de encima, es de muselina de seda blanca con puntitos negros; cada costura va disimulada con un pequeño sesgo de seda negra sembrado de azabache.

Todo el bajo de la falda va adornado con borlitas. Al cuerpo, que es escotado, acompaña un bonito camisolin de nansú de anchos pliegues que rematan en la escotadura con un entredos bordado. Un sesgo de seda negra sembrado de azabache adorna todo el contorno del cuerpo de muselina.

Por último, otro de estos vestidos juveniles es de seda nankin, y las costuras van adornadas con un pequeño ruló de tafetan encarnado acompañado de una pequeña guipure negra. Tres rulós semejantes hay en el bajo del vestido con la misma guipure.

El cuerpo alto, tiene por adorno unos pequeños rulós que figuran un cuerpo escotado. Las mangas, lisas, van adornadas con *crevés* encarnados y tres pequeños rulós guarnecen el bajo.

En cuanto á sombreros, la moda no ha decretado todavía el aumento de sus dimensiones; muy lejos de eso, se hacen cada dia mas microscópicos, y la mayor parte de ellos podrian servir de tocados de baile.

Citemos varios modelos.

El primero es casi liso, de paja de Italia, sobre el cual pasa una ancha barba de encaje de Chantilly plegada en diferentes puntos bajo unos ligeros ramilletes de flores silvestres.

Cintas de atar, de tul blanco.

Otro es de tul rosa perlado de cristal. Al borde lleva unos abanicos formados de raso plegado, á cuyo pié hay una estrellita de cristal.

Atraviesa este modelo una écharpe de tul blanco, plegada en punta hácia la frente.

En los pliegues de esta punta, grupos de capullos de rosa medio abiertos. Luego la écharpe viene á detenerse por los lados, á fin de formar unas barbas-cintas de atar debajo de la barba, donde se ven algunos capullos de rosas.

Sobre los lados donde se fija la écharpe, se coloca un abanico de plegado de raso rosa para disimular los frunciados.

Por este estilo son todos, y sus adornos se componen por lo general de follajes de matices directos, desde el verde hasta el castaño.

Entre este follaje se mezclan algunas semillas negras ó encarnadas.

Sin embargo, este adorno se destina principalmente á las pajas finas, en tanto que los modelos de tul ó de crespon llevan flores ó blondas en armonía con los matices del sombrero.

Los colores en boga son el malva rosado, el verde primavera y el color paja.

Concluiremos con la descripcion de nuestro figurin, que representa dos trajes á la última moda.

El primero es un traje corto de tafetan lila guarnecido con un doble volante de lo mismo. Túnica de encaje de Chantilly, compuesta de diez partes sesgadas, ondeadas por abajo y reunidas por medio de un entredos sembrado de azabache con borla en cada hueco. Paletó de tafetan lila, cubierto con otro paletó hecho al estilo de la túnica. Las mangas del paletó de tafetan, están guarnecidas solo por abajo. Sombrero de tul adornado de flores de color de lila, y grandes cintas blancas; guante de cabritilla.

La segunda figura lleva un vestido de tafetan nankin claro de doble falda con cola. La falda de debajo es de tafetan rosa. Como la de nankin está abierta por delante, deja ver la falda rosa y una botonadura que ocupa toda la falda. El bajo va guarnecido con una ruche, y esta misma ruche sigue el contorno del vestido nankin, cuyo contorno se dibuja en ondas redondeadas apenas indicadas, á contar del bajo solamente. El camisolin es blanco, de muselina, y las mangas, fruncidas, van adornadas de ruches rosadas formando brazalete. Sombrero de paja de Italia coronado de flores blancas, con corazones del matiz nankin. Lazo de blonda flotando por detrás. Guante de cabritilla.

M. P.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¿Y de qué me serviria á mi eso? preguntó el brutal Sikes; á no ser que fuera para darme una lima y treinta varas de la mejor cuerda, tanto me importaria que caminaras cincuenta millas como que te quedaras quieta en un mismo sitio. Vamos, anda y no permanezcamos aquí una hora diciendo necedades.

La jóven se echó á reir, ajustó su chal y siguieron andando. Oliverio notó que la mano de Nancy temblaba y al pasar cerca de un farol observó que su semblante estaba pálido como la muerte.

Durante media hora marcharon por calles sucias y solitarias, y los pocos transeuntes que en ellas encontraron tenian todo el aire de ocupar en la sociedad una posicion semejante á la de Sikes. Por fin se metieron en una calle todavía mas sucia y llena de tiendas de ropavejero. El perro seguia delante, como si comprendiera que era inútil la vigilancia, y se paró en la puerta de una tienda cerrada y al parecer deshabitada, puesto que la casa estaba casi convertida en ruinas, y un cartelon clavado en la puerta, que parecia haberse fijado allí hacia mucho tiempo, anunciaba que estaba para alquilar.

— Todo va bien, dijo Sikes despues de haber echado á su alrededor una mirada escudriñadora.

Nancy pasó la mano por la puerta, y Oliverio oyó el sonido de una campanilla y despues el de un cerrojo que se corria con precaucion. En el mismo instante se abrió la puerta, y sin ninguna clase de cumplidos Sikes cogió por el cuello al muchacho temblando de miedo y los tres se introdujeron en la casa.

El patio estaba completamente oscuro y oyóse que la persona que les habia introducido, despues de haber acariciado al perro se habia detenido á cerrar la puerta.

— ¿No hay nadie? preguntó Sikes.

— No, contestó una voz que Oliverio creyó reconocer.

— ¿El viejo está ahí? volvió á preguntar el bandido.

— Sí, contestó la misma voz, y os está escuchando. Va á estar mas contento de veros que si le hicieran un regalo.

El estilo de la contestacion, así como la voz del que hablaba, no eran desconocidos á Oliverio, mas era imposible ver nada en aquella oscuridad y distinguir quién era.

— Alúmbranos, dijo Sikes, ó de lo contrario vamos á rompernos la cabeza ó á pisar el perro, y entonces no respondo de lo que va á suceder á nuestras piernas.

— Esperad un momento y tendreis luz, contestó la misma voz. Se oyeron luego los pasos de alguien que se alejaba, y al poco rato apareció Dawkins, por otro nombre el *Truhan*, llevando una vela fija en la punta de un palo.

El jóven pillete no se detuvo para trabar nuevo conocimiento con Oliverio: contentóse con dirigirle un gesto extraño, é hizo seña que le siguieran todos. Bajaron la escalera, atravesaron una cocina, en la cual no se veian mas que las cuatro paredes, y abriendo la puerta de una habitacion baja y húmeda, entraron en una pequeña sala, en la cual fueron acogidos con grandes carcajadas.

— ¡Oh, la buena cabeza! exclamó Charlot Bates riendo estrepitosamente. ¡Miradlo, miradlo Fagin: mirad su facha! ¡Hé aquí una broma graciosa! ¡No puedo mas, tenedme ó voy á reventar de risa!

La alegría de Bates no era fingida; se dejó caer al suelo y agitando convulsivamente sus piernas por espacio de cinco minutos, no pudo moderar sus trasportes de alegría. Por fin levantóse, cogió la vela que tenia el *Truhan* y acercándose á Oliverio le examinó de piés á cabeza, mientras que el judío, quitándose su casquete, saludaba respetuosamente al muchacho, aturdido, mientras que el *Truhan*, poco inclinado á reir cuando tenia ocasion de ejercitar su talento, examinaba los bolsillos de Oliverio con un cuidado minucioso.

— ¡Mirad, Fagin, qué lechuguino está! dijo Charlot aproximando tanto la luz al vestido nuevo de Oliverio, que parecia querer encenderlo; ¡mirad qué paño tan superior y qué olor á pastillas de ambar! Esto es muy bueno, y además algunos libros; Fagin, es un *señor* completo.

— Me alegro de veros en este estado, querido mio, dijo el judío saludando irónicamente á Oliverio; el *Truhan* os dará otro vestido, amiguito mio, para que no estropeeis el de los domingos. ¿Por qué no nos habeis escrito para anunciarnos vuestra llegada? ¡Hubiéramos tenido preparada una excelente cena!

A estas palabras Bates empezó á reir de nuevo con tanto gusto, que el mismo Fagin y el *Truhan* no pudieron menos de sonreir; pero como este último sacó en aquel momento del bolsillo de Oliverio el billete de cinco guineas, no puede explicarse la inmensa alegría de Charlot al hacer este nuevo descubrimiento.

— ¡Oh, oh! ¿qué es esto? preguntó Sikes echándose sobre el judío que iba á meterse en el bolsillo el billete: esto me pertenece, Fagin.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—No, no, amigo, esto es mio, Guillermo, es mio; vos os quedareis con los libros.

—Si os atreveis á decir que esto no es mio, replicó Sikes encasquetándose su sombrero con aire resuelto, es decir, mio y de Nancy, me vuelvo con el muchacho.

El judío se estremeció y Oliverio tambien, pero por un motivo bien distinto, pues esperaba que la disputa terminaria por ponerle en libertad.

—¡Veamos! dijo Sikes, ¿quereis darme eso, sí ó no?

—Esto no es justo, Guillermo; ¿es verdad, Nancy, que no es justo? preguntó el judío.

—Que sea justo ó no, os repito que me lo deis. ¿Sin duda habeis creido que Nancy y yo no tenemos en qué emplear el tiempo mejor que en seguir la pista á los muchachos que se os escapen? Dadme eso, viejo ladron, ¿me entendeis?

Diciendo estas palabras Sikes cogió el billete que el judío tenia entre su bolsillo y la mano, y luego mirando friamente á Fagin, dobló el billete y lo metió dentro de un nudo que hizo en su corbata.

—Esto es la recompensa de nuestro trabajo, dijo Sikes, bien que no es todo lo que vale; en cuanto á vos, podeis guardaros los libros si os gusta la lectura; de lo contrario podeis venderlos.

—Este es muy interesante, dijo Charlot Bates, que fingia leer uno de aquellos libros en cuestion, haciendo mil gestos; ¡hermoso estilo! ¿verdad, Oliverio? y al ver el aire compungido de este, Bates, que tenia la costumbre de tomar todas las cosas por su lado cómico, se abandonó á un nuevo trasporte de alegría todavía mayor que el primero.

—Pertenecen al buen anciano, dijo Oliverio alargando las manos, al bueno y generoso anciano que me recibió y que me ha tenido en su casa y me ha cuidado cuando estaba muriéndome; mandádselos, yo os lo suplico; mandadle los libros y el dinero; guardadme á mí aquí toda mi vida, mas os suplico le devolvais eso para que no crea que le he robado. La anciana y todos los que han sido tan buenos para mí, creerán que yo soy un ladron; ¡oh, tened piedad de mí y devolvédselo!...

Hablando así, con la energía que dá un agudo dolor, Oliverio se arrodilló á los piés del judío, cruzando las manos con ademan suplicante y desesperado.

—Este muchacho tiene razon, dijo el judío mirando á su alrededor con ademan de burla. ¡Tú tienes razon, Oliverio, tienes razon! Creerán que eres un ladron: ¡ah, ah! esto va perfectamente y no podiamos desear mas.

—Sin duda, repuso Sikes, así lo he creido al encontrarle en Clerkenwell con los libros debajo del brazo. Las personas que lo recogieron deben ser muy sencillas y poco maliciosas, pues de lo contrario no le hubieran tenido en su casa. No le buscarán, por temor de hacerle enfermar con su persecucion, y por eso está aquí muy seguro.

Durante este diálogo Oliverio miraba frente á frente á Fagin y á Sikes con los ojos espantados y como si apenas tuviera conciencia de lo que sucedia á su alrededor; mas al oir las últimas palabras de Sikes, se levantó de repente y se echó como un loco fuera del cuarto gritando ¡socorro! con voz tan fuerte, que resonó por todos los rincones de aquella casa arruinada.

—No dejes salir á tu perro, Guillermo, gritó Nancy corriendo á la puerta y cerrándola tras el judío y sus discípulos que iban á coger á Oliverio. ¡No dejes salir á tu perro, que despedazaria á ese muchacho!

—Eso es lo que quiero, dijo Sikes luchando para desasirse de la jóven que le tenia cogido; ¡déjame ó te abro la cabeza contra la pared!

—Nada me importa, Guillermo, nada me importa, gritó la jóven luchando enérgicamente con aquel hombre: primero me matarás, antes que el muchacho sea destrozado por el perro!

—¡Conque sí, eh! dijo Sikes rechinando los dientes; ¡quédate ahí ó verás en un momento lo que te pasa!

El bandido al concluir esta frase echó á la jóven al otro lado del cuarto, precisamente en el instante en que entraban el judío y sus dos discípulos acompañando á Oliverio.

—¡Y bien! ¿qué es esto? dijo el judío.

—Creo que esta jóven se ha vuelto loca, contestó Sikes con ferocidad.

—No, yo no estoy loca, contestó Nancy pálida y cansada; yo no estoy loca, Fagin, podeis estar seguro de ello.

—Bien; entonces callaos, repuso el judío con ademan amenazador.

—No; yo no me callaré, contestó Nancy irritada; veamos, ¿qué teneis que decir á esto?

Fagin conocia bien el carácter y los caprichos de las mujeres; comprendió que era conveniente cambiar de conversacion, y por esto se dirigió á Oliverio.

—¿Queriais escaparos, amigo mio? dijo cogiendo un palo nudoso que estaba al lado de la chimenea.

Oliverio nada contestó, á pesar de que observaba atentamente los movimientos del judío y que su corazon latia fuertemente.

—Vos pediais socorro; ¿queriais que viniera la policía, verdad? prosiguió Fagin sonriéndose maliciosamente y cogiendo al muchacho por el brazo; ¡ya os quitaré las ganas de ello!

El judío descargó un fuerte palo sobre las espaldas de Oliverio y levantaba el brazo para darle otro, cuando la jóven se interpuso y le quitó el baston, arrojándolo al fuego con tanta fuerza que los carbones rodaron hasta la mitad de la habitacion.

—Yo no sufriré esto, Fagin, gritó Nancy. Habeis encontrado ya á este muchacho, ¿qué mas deseais? Dejadle quieto, ¿entendeis? pues de lo contrario me arreglaré de manera que os pesará.

Al decir esto, la jóven golpeaba el suelo con el pié; pálida de cólera, con los labios crispados y las manos cerradas, miraba simultáneamente al judío y á Sikes.

—¡Vamos, Nancy! dijo el judío con tono mas humilde, despues de un momento de silencio, durante el cual cambió con Sikes algunas miradas inquietas; vos estais... esta noche... mas admirable que nunca. ¡Ah! querida mia, representais el papel perfectamente.

—¿De veras? repuso la jóven; pues tened cuidado que no me irrite, lo cual seria muy malo para vos, Fagin; así mirad lo que haceis conmigo.

Una mujer que pierde la paciencia, y sobre todo una mujer apurada por la desdicha y la desesperacion, puede llegar á un grado de irritabilidad que pocos hombres se atreven á provocar. El judío conoció que inútilmente tomaba la cólera de Nancy por un capricho pasajero, y retrocediendo algunos pasos dirigió á Sikes una mirada medio temerosa y suplicante como para pedirle que continuara él la conversacion.

Sikes entendió esta muda señal, y cifrando su orgullo personal en que Nancy se pusiese inmediatamente en razon, pronunció al menos dos ó tres docenas de maldiciones y de amenazas, que por la variedad y rapidez con que salian de su boca eran una prueba de la fertilidad del espíritu de invencion que le animaba. Como esto no producia ningun resultado visible sobre el objeto de su cólera, apeló á medios mas contundentes.

—¿Qué es lo que quieres decir con esto? gritó acompañando su pregunta con una de esas imprecaciones familiares á nuestro pais; ¿qué quieres decir? ¿no sabes ya quién eres y lo que eres?

—¡Oh! sí, lo sé bien, replicó la jóven con una sonrisa nerviosa, meneando su cabeza de derecha á izquierda y tomando un aire de indiferencia que disimulaba su emocion.

—Entonces cállate, aulló Sikes de la misma manera que cuando se dirigia á su perro, ó yo te impondré silencio por largo tiempo.

La jóven se echó á reir con mas frenesí que antes; y despues mirando furtivamente á Sikes se mordió el labio con rabia hasta hacerse sangre.

—¡Qué bien te sienta, repuso Sikes mirándola con desprecio, ese alarde de aparente generosidad! ¡Buena ocasion es esta para que ese niño te tome ahora por amiga!

—¡Sí, yo soy su amiga! gritó la jóven encolerizada, y mas hubiera deseado morir en la calle ó estar en lugar de *aquellos* cerca de los cuales hemos pasado esta noche, que haber contribuido á coger á este muchacho. Desde hoy no es mas que un bribon, un ladron, un pillete; ¿falta todavía que este viejo miserable le mate á golpes?

—Vamos, vamos, Sikes, dijo el judío con tono de reprension y señalándole á los jóvenes que escuchaban aquel diálogo con mucha atencion; tened calma, Guillermo, es necesario hacer las paces.

—¡Hacer las paces! gritó Nancy desesperada; ¡viejo maldito! ¡Apenas tenia yo la mitad de la edad de este muchacho y ya robaba por vos; y doce años hace que estoy haciendo lo mismo, y todavía por vos! ¿Es verdad? decidlo, ¿es verdad?

—Sí, es cierto, es cierto, repuso el judío intentando calmar á la jóven; mas esta ocupacion es la que te hace ganar la vida.

—En efecto, replicó Nancy; esto es lo que me mantiene, de la misma manera que las calles son mi morada, á pesar del frio, la lluvia y la niebla. ¡Vos sois, miserable, quien me ha puesto en un estado en que permaneceré hasta que muera!

—¡Y tal vez esto te sucederá pronto! interrumpió el judío picado con estas reconvenciones, muy pronto, ¿entiendes? si dices una sola palabra.

Callóse la jóven, mas en medio de su rabia, arrancándose los cabellos y destrozando sus vestidos, se arrojó encima del judío, á quien hubiera probablemente dejado alguna señal de su venganza, si Sikes no hubiese intervenido á tiempo y no la hubiese cogido por las manos: Nancy hizo algunos esfuerzos para desasirse de aquel hombre y quedó desmayada.

—Es lo que esperaba, dijo Sikes dejándola tendida en un rincon del cuarto. Tiene una fuerza extraordinaria en los brazos cuando se incomoda.

El judío se enjugó la frente y sonrió: se alegraba de que hubiese terminado aquella escena, á pesar de que ni él, ni Sikes, ni el perro, ni los jóvenes ladrones parecian inmutarse, por ver en ello un incidente ordinario de lo que tenia lugar en aquella casa.

—Es el diablo quien debe haber hecho á las mujeres, dijo el judío dejando el baston: sin embargo, son tan necesarias, que sin ellas no podriamos hacer nada. Charlot, lleva á acostar á Oliverio.

—Supongo que mañana no debe ponerse su vestido nuevo, ¿verdad, Fagin? preguntó Charlot Bates riendo.

—No hay cuidado, contestó el judío riendo tambien.

Bates, contento probablemente con aquella comision, tomó la vela y condujo á Oliverio á una cocina próxima, en la cual habia dos ó tres camas parecidas á la en que Oliverio habia ya dormido otra vez. Allí el buen Bates, despues de haber reido de todo su corazon, volvió á Oliverio los vestidos que habia tenido la fortuna de quitarse en casa del señor Brunlow. La casualidad habia hecho que Fagin los reconociera en casa del judío que los habia comprado, y esta circunstancia le habia servido para encontrar á Oliverio.

—Quítate tus vestidos nuevos, dijo Charlot, yo los daré á Fagin que los cuidará. ¡Ah, qué buena broma!

El pobre Oliverio obedeció, bien contra su voluntad, y Bates dobló los vestidos nuevos, los puso encima de su brazo y salió cerrando la puerta con llave y dejando á Oliverio á oscuras.

La risa de Charlot y la voz de la señorita Betty, que llegó oportunamente para echar agua fresca en la cara de su amiga desmayada y hacerla volver en sí, hubieran sido suficientes para quitar el sueño á muchas personas mas felices que Oliverio; mas este estaba sufriendo y abrumado de fatiga, y bien pronto quedó profundamente dormido.

XVII.

Es costumbre en el teatro, en todo buen melodrama sangriento, el presentar alternativamente escenas trágicas y cómicas, entrelazadas entre sí. Se nos muestra, tendido sobre un miserable colchon, al héroe agobiado bajo el peso de sus cadenas y desgracias; despues, en la escena siguiente, su fiel escudero, ignorando la suerte de su amo, alegra al auditorio con una cancion jocosa. Vemos con emocion á la heroina á merced de un baron cruel y orgulloso, expuesta á perder el honor ó la vida, y desenvainando su puñal para salvar el uno á precio de la otra; y en el momento en que el interés se halla mas excitado, se oye un silbido, y hétenos trasportados de repente á la sala de un castillo ó de un viejo senescal de cabellera blanca, que canta una festiva cancion, en la que forman coro sus vasallos, que alegres y contentos, y no teniendo otra cosa que hacer, acaban por marcharse siempre cantando.

Por mas que estos cambios de escena nos parezcan ridículos, no son sin embargo tan inverosímiles como se pudiera creer. La vida ofrece de continuo contrastes de este género; aquí fiestas, allí un lecho de muerte; tan pronto el duelo y la tristeza como la alegría y el placer. Pero en este último caso, somos nosotros los actores en vez de ser testigos pasivos de los acontecimientos, y esto es muy diferente. Esas bruscas transiciones, esos ímpetus de súbita cólera ó dolor, que no nos extrañan en la escena del mundo, nos parecen ridículas é inoportunas cuando somos simples espectadores.

Los repentinos cambios de escena, de tiempo y de lugar, no se hallan solamente sancionados en los libros por un uso constante, sino que se consideran por muchos como el gran arte de la composicion; y aun hay ciertos críticos que no aprecian el talento del autor sino en razon de las dificultades que acumula en derredor de los personajes al fin de cada capítulo. Este corto preámbulo podrá parecer inútil, pero en todo caso, debe considerarse que es por parte del historiador una manera delicada de advertir á sus lectores, que va á conducirlos de nuevo á la ciudad natal de Oliverio, y que le asisten muy buenas razones para emprender este viaje.

Una mañana, muy temprano, salió el señor Bumble del asilo de mendicidad, y comenzó á subir la calle con paso majestuoso. Los rayos del sol naciente se reflejaban sobre su tricornio y su brillante traje, y era de notar el aire resuelto y de autoridad con que empuñaba su baston. El señor Bumble iba siempre con la cabeza erguida, pero aquel dia teníala mas erguida que de costumbre; habia en su mirada algo de profundo, y en su manera de andar cierta resolucion, que revelaba que reflexiones demasiado importantes para ser comunicadas á nadie surgian en su mente de bedel.

El señor Bumble no se detuvo á charlar en el camino con los pobres vendedores que le dirigian respetuosamente la palabra, y apenas contestaba á sus saludos con una rápida inclinacion de cabeza.

Conservando siempre su aspecto de dignidad, llegó á la sucursal del asilo donde la señora Mann velaba con una solicitud enteramente *parroquial* sobre su pequeña prole de niños pobres.

—¡Al diablo con el bedel! exclamó la señora Mann, oyendo á Bumble sacudir con impaciencia la puerta del jardin; no puede ser otro sino él... ¡Ah, señor Bumble, añadió en voz alta, estaba bien segura que érais vos! ¡qué placer me causa vuestra visita! Entrad, señor, yo os lo ruego.

Las primeras palabras eran para Susana, y las exclamaciones de alegría iban dirigidas al bedel, mientras que la buena mujer abria la puerta del jardin, saludando al señor Bumble con el mayor respeto.

—Señora Mann, exclamó el bedel dejándose caer con lentitud sobre el sofá en vez de sentarse bruscamente; buenos dias, señora Mann.

—Os los deseo felices, repuso esta con una sonrisa; ¿supongo que estais bueno, caballero?

—Así, así, señora Mann, contestó Bumble; una vida *parroquial* no es ningun lecho de rosas.

—¡Ah! señor Bumble, ¡á quién se lo decís!

Si los pobres niños del asilo hubiesen oido las palabras de la señora Mann, de fijo hubieran hecho coro con ella.

—La vida parroquial, señora, continuó el señor Bumble dando un bastonazo sobre la mesa, es una vida fatigosa, agitada é insoportable; pero este es el destino de los funcionarios públicos.

La señora Mann, sin comprender bien lo que queria decir el bedel, elevó las manos al cielo con aire de compasion y suspiró.

—¡Ah! teneis razon en suspirar, señora Mann, dijo Bumble.

Viendo que habia hecho bien, la buena mujer exhaló un segundo suspiro, con gran satisfaccion del funcio-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

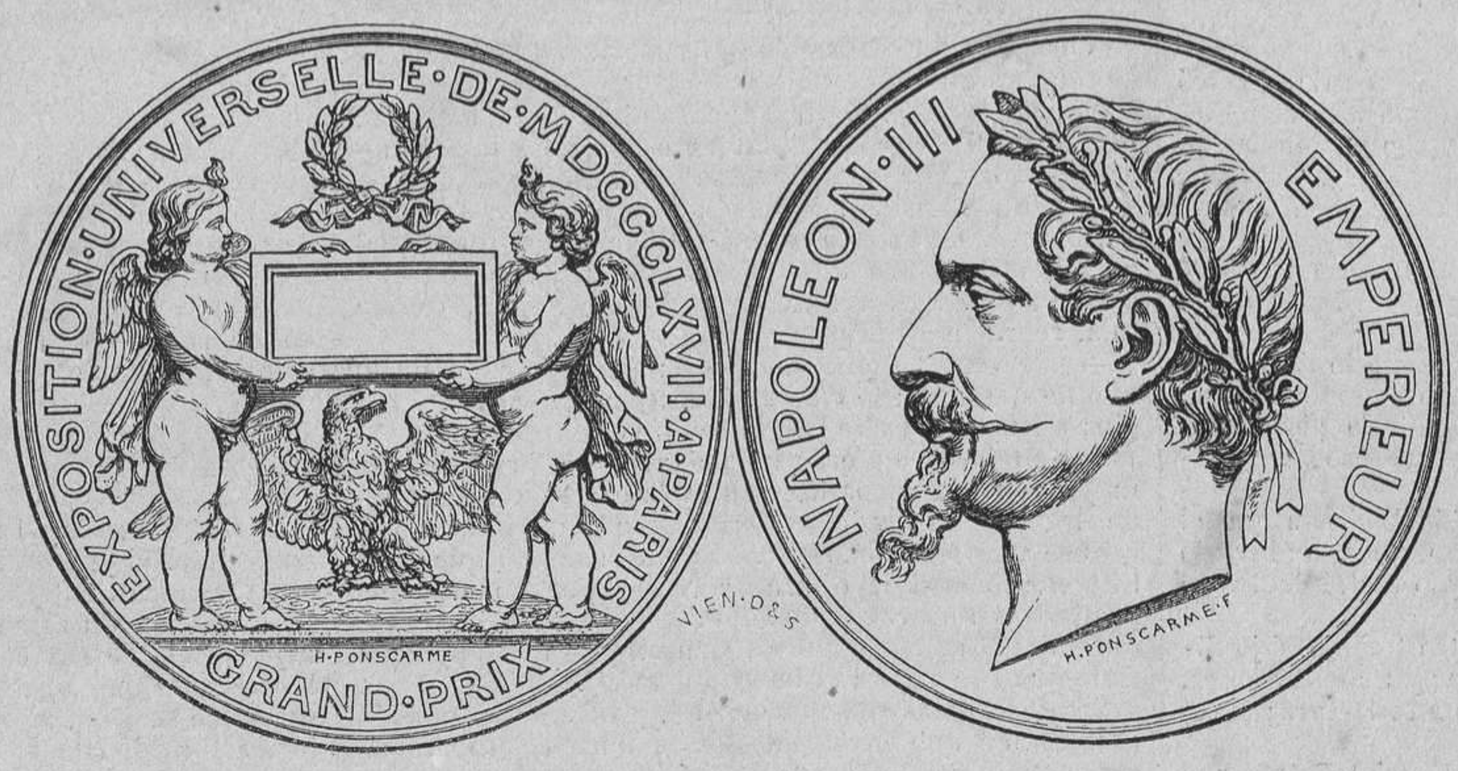
nario, que reprimiendo una graciosa sonrisa, miró con gravedad á su tricornio y dijo:

—Señora Mann, mañana parto para Lóndres.

—¡Cómo! señor Bumble, exclamó la mujer retrocediendo dos pasos.

—Sí, señora, para Lóndres, repuso el inflexible bedel. Voy á tomar la diligencia y á llevarme dos pobres del asilo por quienes se ha entablado pleito para colocarlos en otra parte. El consejo administrativo me ha encargado á mí, ¿entendeis, señora Mann? de llevar este negocio ante los tribunales de Clerkenwell, y yo me pregunto cómo se arreglarán los jueces para salir airosos teniendo que habérselas conmigo.

(*Se continuará.*)



Medalla para los laureados de la Exposicion universal (tamaño natural).

Exposicion universal.

LA MEDALLA DE LOS PREMIOS.

Hé aquí el modelo, en tamaño natural, de la medalla concedida á los laureados de la Exposicion universal de 1867. Esta medalla tiene 70 milésimos de diámetro. En una cara ofrece el retrato del emperador y en la otra se ven los dos genios de las Bellas-artes y la Industria, con un adorno, dentro del cual se grabará el nombre del expositor premiado. El modelo es único para todas las recompensas; las medallas solo variarán en el valor y el peso del metal.

El castillo de Mont-Brat (Francia).

El castillo de Mont-Brat.

(FRANCIA.)

Los que viajan por el departamento de Meuse, encuentran á dos pasos de Domremy, patria de Juana de Arco, una antigua mansion tan llena de atractivos como venerable, digna de una visita: es el castillo de Mont-Brat, castillo histórico que tiene su leyenda.

En aquellos tiempos, no era ciertamente la hermosa habitacion que se ve representada en nuestro dibujo; era una fortaleza. Así como el castillo de Montlhery, el de Crecy ó el de Chatillon, era una guarida, un nido de águila, y debia tener la suerte de estos últimos.

Era en 1420. Colard de Foug, su poseedor, peleando contra el 66º obispo de Toul, Enrique de Ville, acababa de ser muerto. Todo parecia concluido, cuando hé aquí que en el campo de batalla, Matilde, su esposa, recogiendo la espada del vencido, se apodera de ella valerosamente y continúa la lucha. Matilde se defendió como una leona, pero vanamente.

De todos modos, lo cierto es que arrasaron el castillo de Mont-Brat. Una mujer le habia arruinado y otra le levantó; pero esta última no poseia los belicosos ardores de la primera. Era una mujer de carácter suave llamada Luisa de Salles que acababa de casarse con el señor de Amanty y de Taillancout, Claudio de Verrieres: ella trasformó el palacio.

Esta resurreccion del castillo de Mont-Brat coincidia con otra resurreccion, la de las letras, las ciencias y las artes en Europa. Era el tiempo del renacimiento. El castillo de Mont-Brat debia naturalmente resentirse de esta influencia. Elevóse pues, magnífico en su sencillez, uniendo en una justa medida, á la solidez de su imponente masa, todas las gracias y todas las elegancias tomadas del arte nuevo. Su patio de honor con sus nichos poblados de estatuas y sus esbeltas columnas de rico entablamento, recuerda de un modo extraordinario el patio del castillo de Nuremberg.

El castillo de Mont-Brat ha pertenecido sucesivamente á las familias de Salles, Verrieres y Riviere, que todas ellas le han marcado con su cifra. A esta lista de familias nobles la crónica añadirá muy luego otro nombre, pues el castillo de Mont-Brat está de venta y habrá empeño por adquirirle, en razon á que es una de las joyas monumentales de la antigua Francia. H. V.

LOS EDITORES-PROPIETARIOS RESPONSABLES: X. DE LASSALLE Y MELAN.

PARIS. — TIPOGRAFIA DE A. MARC, 22, RUE DE VERNEUIL.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte